

El Ruedo



2
Pras.

JAAVEDRA



El toro y los perros
(Dibujo de Enrique Segura.)



**LA REAPARICION DE MANOLETE
EN VITORIA**

**EN ESTE
NUMERO:**

Las fotografías que ilustran esta página corresponden a la corrida del lunes en Vitoria; de la reaparición de Manolete después de la cogida que sufrió, hace más de un mes, en Alicante. En las páginas 10 y 11 un gran reportaje gráfico y literario del popular diestro cordobés, hecho horas antes de ir a la Plaza (Fotos L. MARIN)



EL LAPIZ EN LOS TOROS DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



Dos momentos de Toscano
en su segundo toro, del
que cortó la oreja



De la «lidia» del
tercer novillo

Quando las mul-
llas arrastraban al
sexto novillo el
reloj señalaba...
las nueve y media
de la noche!...



Los chavales, acompañan-
do a Manolo Navarro al
terminar la corrida

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -:- Madrid, 8 de agosto de 1945 -:- Núm. 60

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



HACE poco más de un mes salí de Madrid para asistir a una corrida de toros en la capital de una provincia próxima. Como llegué tarde para presenciar el apartado de las reses — operación que estimo del mayor interés para el aficionado —, pregunté su opinión a un amigo que había asistido y que suele equivocarse muy poco al calcular los pesos de los toros. «La corrida es bonita, pero muy chica y joven. Estoy seguro que apenas dará los doscientos kilos de promedio». Poco después pude comprobar que mi amigo no había exagerado: los toretes

ni siquiera se tapaban con las cabezas. Eran unas birrias. Pero al día siguiente, con extraordinario asombro, vi en los periódicos que las seis reses habían rebasado los doscientos cincuenta kilos.

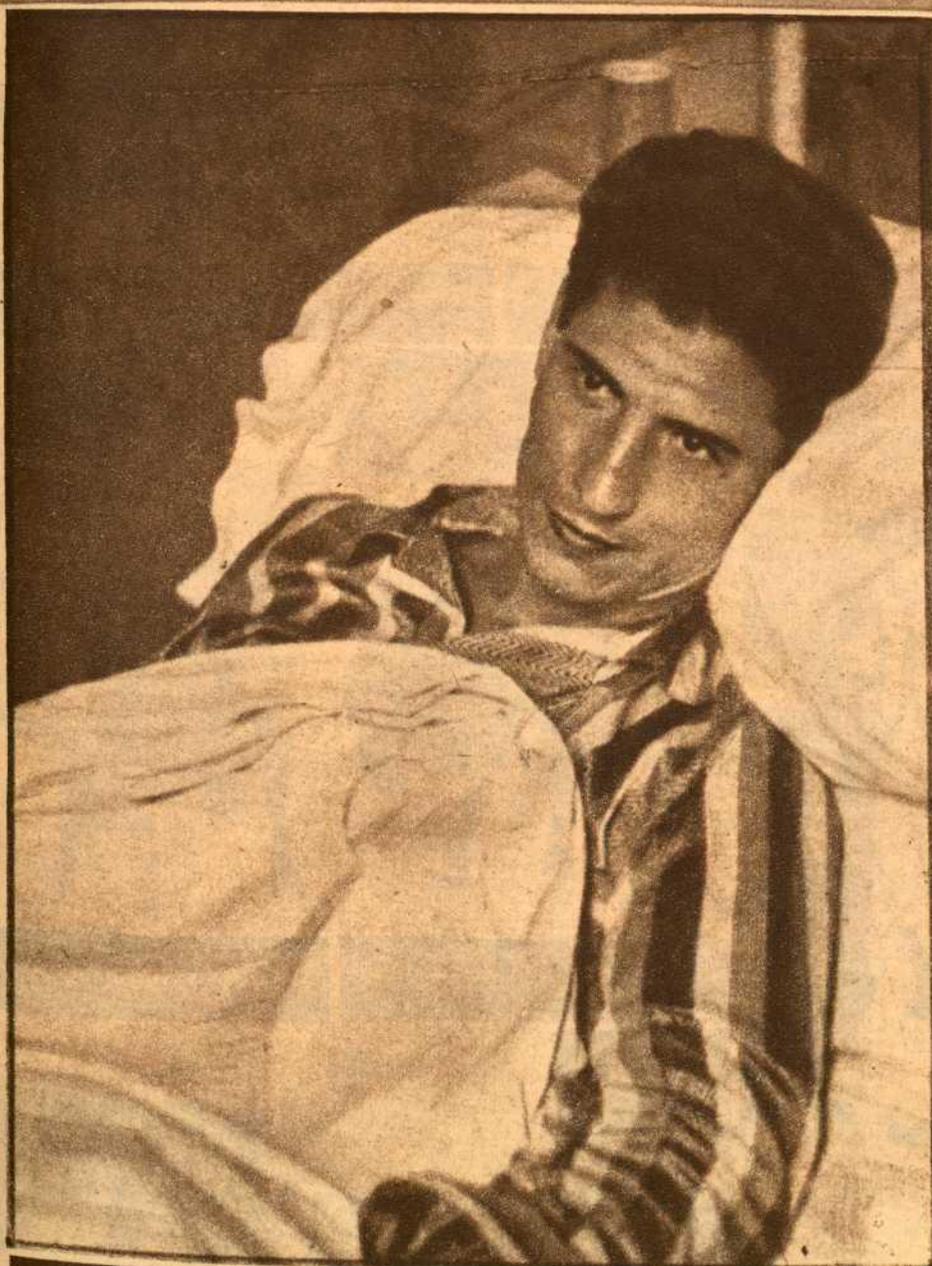
Con este *detalle*, uno de los elementos de juicio que utilizaba para formar mi personal criterio, se tambaleó. Desde aquel día comencé a fijar mi atención en las reseñas y críticas contrastándolas con el dato *oficial* de los pesos, en espera de la evidente contradicción, que muchas veces hallé, aunque no pude comprobarla.

Sin embargo, la pasada semana se celebró en cierta plaza una corrida de toros de la que hicieron reseña dos corresponsales. Los dos coincidían en el relato de los incidentes de la lidia, salvo en contadas acotaciones referidas a un mismo modesto torero, lo que no me produjo extrañeza ni excitó mi suspicacia; pero al llegar al peso de los toros — noticia que los dos debieron adquirir en la misma fuente *oficial*, tal y como escrupulosamente hacen en Madrid nuestros colegas —, hallé que mientras un corresponsal daba 261, 243, 252, 259, 265 y 248 kilos en canal, el otro daba 195, 210, 205, 189, 192 y 196 kilos, también en canal.

¿Cuál de los dos corresponsales transmitía la verdad? Sin duda alguna que el segundo. El recuerdo de lo que había visto en la capital de una provincia próxima y lo que luego leí no me dejaba lugar a dudas.

Me consta que los buenos aficionados, después de leer una reseña apoteósica, con trofeos de todas clases, vueltas al ruedo, prendas de vestir, flores y objetos de todas clases, buscan, para su juicio definitivo, el peso de los toros; pero si resulta que debiendo ser éste el único dato objetivo, en el que para nada puede influir el gusto personal del revistero, se tergiversa tan descaradamente, el engaño es manifiesto e intolerable.

La sección taurina del Sindicato Nacional del Espectáculo, que tan acertadamente dispuso que se hicieran públicos los pesos, debería ahora tomar nuevas medidas para que el precioso e interesante dato sea transmitido con absoluta fidelidad a los periódicos. No hay derecho a que nadie pueda desfigurarlo; ya que su origen es oficial, debe ser rigurosamente oficial.



EN ESTE NUMERO: LORENZO GARZA, EN LA CLINICA
En la página 18, fotografías del diestro mejicano, obtenidas en la clinica del doctor Olivé, donde actualmente se encuentra

La corrida del domingo en MADRID



Novillos de Soto para Antonio Toscano, Manolo Navarro y Luis Alvarez Andaluz Chico

La semana en las Ventas

MAS DIFICIL TODAVIA

Por EL CACHETERO

CUANDO, más o menos, todos vamos estando conformes en lo malo y cegado que se está poniendo el camino de la novillería, de aquí que la Empresa madrileña ha lanzado su grito. Su grito es el "más difícil todavía", que tanto se usa en las pistas circenses, y que debe apropiarse la Empresa en cuestión, en la seguridad que no habrá nadie que se lo discuta como mote, blasón y lema.

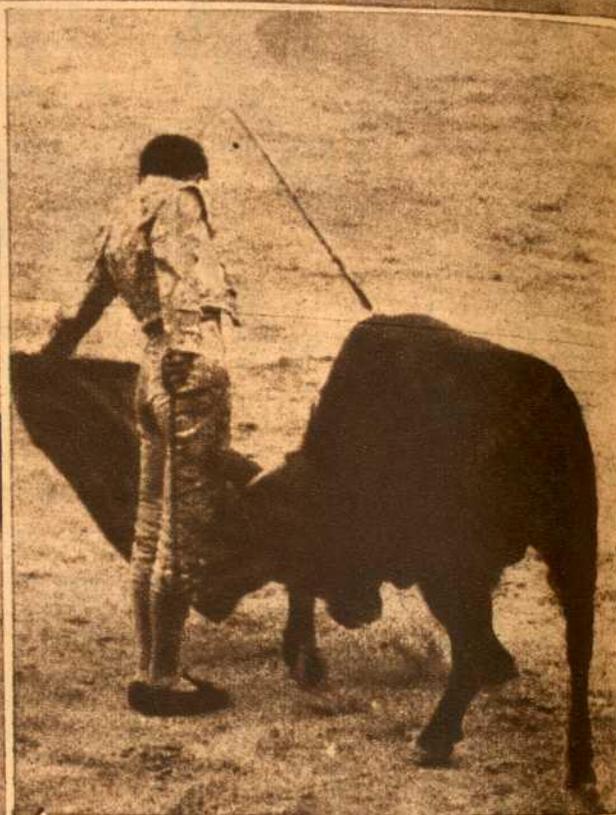
Vamos a explicarnos, aunque bien poca explicación cabe que no sea patente al más lerdito. La Empresa llena su programa, de julio a septiembre, con novilladas. Esta temporada canicular sirve, a más de rellenar un vacío en los programas, o por lo menos ha servido siempre, de arranque o inicio de muchas carreras taurinas de las que se aprovechan los interesados; pero a cuyo interés no es ajena la Empresa. La misión de esta última es bien sencilla: el hallazgo de tres o cuatro novilleros interesantes de entre el montón anónimo de los que empiezan. Sacarlos a la luz, pulir y desbaratar sus aristas en algunas pruebas, intercalarlos en carteles, cartarlos y, una vez concretado su esquema de posibles figuras, enfrentarlos, más o menos emparejados, en las novilladas extraordinarias. Pero no es esa sola su misión, sino que es también su negocio primordial. He aquí una de las escasas esquinas donde se abren, hasta el infinito, todos los intereses imaginables.

Pues la Empresa se amboza en su lema y vamos adelante. Ya sabe que hay pocos novilleros, que no asoma gran cosa, que sus condiciones de existencia son difícilísimas. Ella, como si viviera en la Luna, sigue rellenando sus carteles como un penoso deber de la semana. Al fin y al cabo no están tan mal los toros que no se pueda hacer torear a tres mozos cada domingo. De pronto, le salen dos nombres interesantes, de relativo interés, claro está. Manuel Navarro y el Andaluz Chico. Ya está aquí pensamos, la base de una temporada, mezclados con lo que pueda salir aún y con lo que conocemos. Quedan discretamente y se les repite. Hasta ahora, el interés de una Empresa, en caso análogo, es cuidar de su negocio, que viene a ser el cuidado de esos nombres tiernos. El interés de esta Empresa consiste en repetirlos en un cartel completado con el mejicano Toscano, que, en principio, está bien. Pero ahí se acaba el ciclo o el seso de la cuestión. Porque la única muestra de que la Empresa se ha enterado es que se suben los precios. Nada más. Luego está el enfrentarlos con un ganado de irremediable fracaso, cuya mansedumbre se bisbea hace lustros por el último corrillo taurino. Toscano, el hombre de la suerte, al corresponderle el único toreable, corta una oreja, mientras el resto se entierra en el fracaso de una tarde abominable, con tres bichos fogueados, un manso retirado al corral, un manso de sobrero y otro manso para abrir plaza.

A mí me hace pensar esto en la locura. Ya están alicaídos los intereses de dos muchachos, pero también está maltrecho el interés de la Empresa y el del público. ¿Anda aquella tan al día que sólo le interesa la entrada de una tarde? ¿Y las ocho o diez fechas que faltan para novilladas? Conste que uno tiene una impresión de que Navarro no pasa sino de apuntar un novillerito, y que Andaluz mueve bien el capote en el adorno, pero que le falta mucho aun. Pero, ¿no hay ganado discreto que les permita revelar lo poco o mucho que llevan dentro? ¿No está en esa revelación el interés de la Empresa? Pues no, amigos. Si lo dice los novilleros está difícil, lo de la Empresa son toninadas de "más difícil todavía".



Toscano, en un pase con la derecha a su segundo novillo



El mejicano, en un natural con la izquierda, al toro que cortó la oreja



Toscano, con la oreja de su enemigo, dando la vuelta al ruedo



Un pase por alto del mejicano



Manolo Navarro, toreando de capa



Andaluz Chico se hace con el toro con unos eficaces muletazos por bajo

DESPUES DE LA CORRIDA

"Por falta de alegría no pude prolongar la faena al toro del que corté la oreja", explicó Toscano

"Con aquellos dos fogueados no había modo de hacer nada", dijo Navarro

"Un toro difícil y un sustituto viejo fué mi lote", comentó Andaluz Chico

LEVAMOS trece novilladas en lo que va de temporada, y si hacemos la honorable excepción de la corrida presentada por la ganadería aragonesa de Demetrio Fraile, nos quedan doce auténticas bueyadas para desesperación de los contumaces aficionados a perder su tiempo en la Plaza de las Ventas.

Peró, que nuestra memoria recuerde, nunca el abnegado aficionado madrileño se había sentido tan deprimido, aplastado e irascible como al terminar el inabarcable festejo del último domingo.

En el rostro de la mayoría nos pareció adivinar el firme deseo de morir para ir a un mundo mejor, en donde no los hablen de los toritos de «la acreditada» ganadería del señor de Soto o de otros de no menos infeliz memoria.

Media hora de meditación recordando las dos horas y media de mortal suplicio les habrá llevado a nuestros estoicos compañeros de infortunio a sentirse furiosos contra todo y contra todos, especialmente contra sí mismos, y si ustedes no llegaron a darse de puntapiés, habrá sido tan sólo por esas ciertas razones anatómicas que impiden hacerlo.

Y cerrada va la válvula de escape de nuestra iracundia, oigamos ahora lo que dijeron los tres muchachos a quienes en esta ocasión tocó apechugar con la mansada más legítima que vieron los siglos.

TOSCANO

Como el hombre cortó una oreja, se le traslucía su contento a través del sudor vertido por todos los poros de su piel.

Ese toro —el del toro— fué el de mejor embestida, aunque no anduviera desprovisto de sosería. Por su falta de alegría vino durante la lidia muy a menos. Por esta causa no pudo ser ni muy extensa ni muy vistosa mi faena de muleta. En los últimos pases hubo de ayudarlo con muletazos por bajo para hacer pasar a un novillo cuya fuerza se iba por momentos.

—¿Contento, amigo Toscano?

—Muchísimo, por haber conseguido cortar mi primera oreja en Madrid, que hace la octava desorejada en España. Y muy reconocido al público de la Plaza Monumental por las atenciones dispensadas, no sólo hoy, sino también en la tarde de mi debut.

—Para terminar, ¿qué le pareció su primer enemigo?

—Pues que llegó a mis dominios con mucha fuerza, embistiendo mal y poniendo siempre de manifiesto sus ansias de coger. Era uno de esos toros que pareciendo bueno a los ojos del público, hace andar de cabeza a los que están en el ruedo.

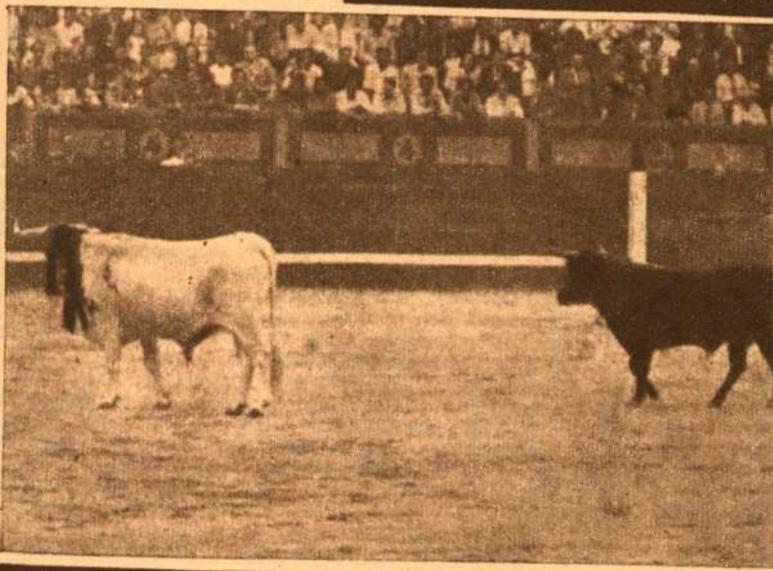
NAVARRO

El torerito de Albacete tuvo a su alrededor tantas caras amigas como si de una tarde triunfal se hubiera tratado.

—Estoy muy disgustado —exclamó— por esta perra suerte, que me trae en Madrid a mal traer. Diga usted si no tengo motivos para estar malhumorado, si se recuerda que en tres novilladas sólo me ha correspondido un toro de oreja. Pude haberla cortado también a otro —de Claudio Moura—, pero se encargó de enviarme a la enfermería. De los toros corridos esta tarde, con decir que me



El segundo toro, que fué fogueado



El sexto, otro manso, retirado al corral



El quinto toro, también manso, y que fué fogueado

correspondieron dos fogueados, está hecho todo el resumen de mi mala suerte. No obstante no estoy disgustado del todo, al comprobar cómo el público se percató que no era un lote para lucimiento el mío. Este espíritu de objetividad del «respetable» hace que mis deseos de buscar la revancha sean mayores que nunca. Esperaba un mayor juego del ganado de hoy. Y acabo de no haber recibido una sobrealimentación de grano, hubiera salido más pastueño y se habría dejado estar cerca de él con más desahogo y lucimiento al desarrollado esta tarde en cinco de los toros lidiados.

Hasta la fecha llevo cinco corridas torreadas, y de no sobrevenirme nuevos percances, es muy posible llegue a las veinte corridas.

LUIS ALVAREZ

La conferencia telefónica sostenida por el diestro con sus familiares de Sevilla dará la mejor versión del juicio crítico del tercer espada de la tarde.

—Mi primer toro fué muy difícil y peligroso. Creo que es uno de los peores que me han correspondido hasta ahora. Estuve lo más aseado posible, aunque desgraciado al descabellar.

Luego me correspondió un sustituto, viejo manso y sin bríos. Llegó a la muleta defendiéndose y sin tomar el engaño. Tuve la fortuna de estar breve con el estoque, que fué lo mejor que cabía hacer.

—Espectáculo como el de esta tarde —apostilla el apoderado— son producidos por la excesiva codicia de muchos señores ganaderos obstinados en vender sus productos para evitar sus novilladas. Y los novilleros, que salen a torrear cualquier

corrida de toros, absteniéndose de dar para no estar en páro forzoso, tienen bicho con cuernos.—F. MENDO

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Toscano

Leemos en el cartel del pasado domingo: «Toscano, Andaluz, Navarro...» Pero, ¿esto es una novillada o una lección de Geografía?...

Hay caballos que al golpe del toro se aplastan como muelles de resorte.

Toscano, alto, desgarradote, pasa el tiempo haciendo chascar la lengua contra el paladar, anhelando el vaso de fresca agua del botijo especial para hacer gárgaras que

le prepara el mozo de estoques. Pero al fin consigue la faena serena y tranquila con el torito de carril.

Suena el hierro de las corazas de los piqueros contra el parche quemado de las barras con algo de tambor de guerra.

Siempre hay un «técnico» que «descubre» desde el tendido: «Ese toro es de media arrancada» o «achucha por la izquierda». Y se queda tan fresco. Bueno, eso de fresco..., con el calor que hace, ¡vamos a dejarlo!

Navarro y Andaluz luchan contra la mansedumbre de sus novillos. Y el aire seco se llena de olor a pólvora de las banderillas de fuego. Cerramos los ojos y creemos que estamos en la feria de nuestro pueblo el día de la quema del castillo de fuegos artificiales preparados por un afamado pirotécnico.



Manolo Navarro

Un toro sin rabo es como un barco sin timón. El quinto novillo, carente del apéndice garabatesco, destapó el frasco de los chistes.

También surgieron otros chistes ante un traje de torrear bastante deslucido. Alguien dijo: «Ese es un traje de luces... con restricciones».

A los espectadores que protestan contra las buenas puyas deberían castigarlos no dejándoles entrar nada más que en las becerradas.



Andaluz Chico

POR LOS FUEROS DE LA FIESTA...

Como el que habla por teléfono

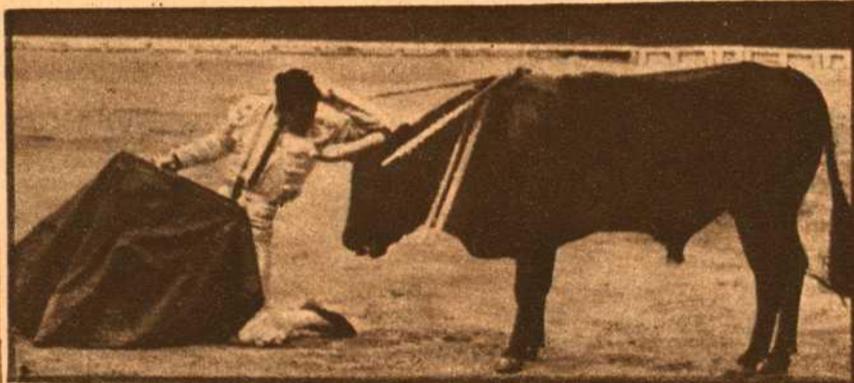
Por JOSE CARLOS DE LUNA

DE verdad que hablo en serio y sin ganas de amargar tales o cuales pretensiones. Aceptada la moda, con las reservas que nos dé la gana, podemos revisar juicios y pararnos en barras. ¡De alguna manera debe velarse por los fueros de la fiesta, ya que parece imposible hacerlo también por los gustos e intereses del público!, digo yo.

Si no fuera porque todavía le roe a uno la afición y se mantiene en pie el deseo de que no desaparezca totalmente el espectáculo más nacional, abogáramos por la desaparición del tercio de varas; que si priváramos al divertimento de lo más castizo, curioso y necesario, lo justificaría dónde derivó, holgando los calificativos a una mojiganga cruel, desafortada e impertinente.

Leyendo las críticas —buena pluma!— de las corridas de Valencia, encontramos algo tan original y absurdo que satura de razón esta aparente ligereza de dar al traste con el primer tercio de la lidia; lo que se nos antoja facilísima de mantener mientras no cambien las circunstancias.

Por lo visto del crítico y leído por nosotros, el matador triunfante entre clamores y horchata de chufas, atosigado de patas, rabos y orejas; tuvo que luchar, trastos en mano, con la obligación profesional de abri-



Así, como el que habla por teléfono...

llantar su arte y la necesidad de que el becerrote no se le cayera si le aprataba un poco con el castigo ¡de que es capaz la flámula!

¿Soñásteis algo parecido?

El maestro de moda cuida —cómo no!— su éxito personal a cuenta de que el acabamiento de su torillo —véanse las informaciones gráficas— no se manifieste a extremos que puedan deslucirle. Y ahí tiene usted al buen torero, valiente y pundonoroso, cosechando los aplausos de esta manera rara y paradójica: puede arrancar el alarido entusiasta apoyándose en la testuz —¿por qué no el?— como el que habla por teléfono, se ha dado en decir; y no puede provocarlo rematando el pase iniciado a su gusto y con arreglo a buena técnica porque el torete se le cae, a poco que se cierre mandándole y dominándolo. Esto es: que el matador, que muchas veces se ve obligado a rogar a la Presidencia que le cambien la suerte al bicharraquillo que recibió un solo barrenazo, tiene que habérselas luego, más que con un enemigo al que castigar y ahormar, con un cliente o socio necesitado de mimosos cuidados para que no falle la precisa colaboración que justifica el triunfo, el clamor de los espectadores, el soponcio de la crítica y los veinte mil duros del contrato.

Así, el ridículo contrasentido supone otra expresión de virtuosismo y nuevo motivo de redoblado éxito. ¡Dios nos conserve la vida y el buen humor para ver lo que quede por desollar del gato!

No sé si expuse el caso con la claridad que quiero; y por si se enmarañó, lo transcribo en forma concreta, que bien quisiera ser lapidaria: *Cuando un gran torero de la actualidad se enfrenta con el astado a la hora de la muerte, no tiene que prepararlo para el volapié porque el toro llegó muerto a su jurisdicción. Ha de estirarle la agonía con temple y mimo, procurando —ahí está el arte— que coincida el último estertor de la pobre res con la simulación de la suerte suprema.*

Un sentido de sabia terapéutica y simpática caridad irrumpe en el campo de la tauromaquia.

Los públicos, de pie, agitan el pañuelo; la crítica se derrite; el ganadero resuella, el empresario guiña el ojo; el apoderado se esponja, y el buen aficionado apoya el codo en el testuz del absurdo —talmente como hablando por teléfono—, sin darle importancia y como arrequive de quintaesenciada mandanga.

Como no somos tercios, aceptamos el afeminamiento de la frente de los renacuajos, escribiendo la *testuz*, y consideramos oportuno y suficiente el estoque de madera.

EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

AGOSTO

8

MIERCOLES

GAYARRE tenía pocos amigos, aunque muchos lo desearan. (Como me lo contaron, lo cuento.) Uno de ellos era Frascuelo, cuando los dos se hallaban en el pínaculo de la fama. Parece ser que —no sé cuándo ni con qué motivo— se encontraron en San Sebastián o en La Coruña, que para el caso es lo mismo, y entre tenor y torero se planteó como tema de conversación quién de ellos ejercía la profesión más difícil. Defendió Gayarre los cuidados que requiere la voz, la paciencia en los estudios, el sacrificio, la constancia... Frascuelo le dejó hablar, y de pronto, como quien no quiere la cosa, arguyó: "Sí, pero..., tú ensayas, y yo, no." Esto viene a cuento de que el día 8 de agosto de 1872 se inauguró la Plaza de Valdepeñas. De tal suceso yo sólo sé que Frascuelo alternó con Valdemoro, éste

como medio espada. Pero conocía la anécdota antedicha y ¿por qué había de guardarla, si en verano todo estorba?

También el 9 de agosto de 1925 se inauguró la Plaza de Toros de Huesca. Y como puede que haya lector que diga: "¿Y a mí qué con tanta inauguración?", respetuoso con tal señor, a quien de antemano doy la razón, en vez de tirar la pluma, porque el director me llamaría al orden, pasaré a ocuparme de la fecha del 10 de agosto de 1862, anticipando que vuelve Rambal a escena. En aquella fecha —San Lorenzo—, y precisamente en Huesca, con toros de Pérez Laborda, actuaron el Relojero y el Huevatero. Pelón era uno de los picadores, y al embestir Calmán, cayó el jaco que Pelón montaba, quedando éste al descubierto. En vez de estar quieto, haciéndose el muerto, como es costumbre, él de la pica quiso salir de naja. Pero lo hizo tan a destiempo, que Calmán, como quien era, le empujó por el pecho, sacando el cuerno por el cuello. Ya lo dije: ¡De Rambal!..., si a Manolete le diera por escribir dramas. Pelón tardó en morir media hora. Antes, él mismo pidió: "¡Que me sacramentan!" Así lo hizo el páter, y... ¡como ya está bien!, vámonos ahora con los bártulos a Guadalajara.

Por allí pasaba Francisco I el 11 de agosto de 1525, después de haber perdido "todo, menos el honor". Como en aquel tiempo no había criminales de guerra, se organizó en honor del monarca vencedor una corrida, porque no era cosa de —para que se divirtiera— procurar una competición a ver quién se comía más bizcochos borrachos. Dican las crónicas que el derrotado rival de nuestro gran Carlos I se extrañó "del frío valor de la gente de plaza". Lo que a mí, español, sí me extraña a estas alturas es que después de firmar el compromiso llamado "Concordia de Madrid", volviera don Paaco a las andadas, sin importarle un comino cosa tan seria cual es la palabra de honor. Lo que sí aprendí, por lo visto en Guadalajara, el Rey Caballero, fue a "saltársela a la torera". Este dato taurómico-psicológico me permite brindársela, montera en mano, a los doctos señores académicos de la Historia.

Pues, sin más preguntas, continúo mi descabellado viaje —por eso de que es siempre buena la cultura de ventanilla—, y a Bilbao me voy. Aprovecharé la ocasión para felicitar a Despididos, que es quien me enteró de las combinaciones para las próximas ferias de agosto. Toreros: Manolete, Arruza, F. Luis, Luis Miguel, Pepín, Armillita, El Choni... Y Conchita Cintrón. Y ¡toros!: Miras, Apes, de Atanasio Fernández, de Tassara, Pablorrromeros, de Villagodio... En fin —señoras empresarios de la de Madrid—, la Plaza de Toros de Bilbao fue inaugurada el día 13 de agosto de 1882. Seguramente, no les interesará mucho a ustedes que les diga que el primer toro allí lidiado tuvo por nombre Casafillo; ni que el primer capotazo se lo dió el Papa Negro; ni que caben cómodamente doce mil doscientos veinticuatro espectadores. Tampoco, quizá, deseen ustedes saber que actuó como primer banderillero Guerrita, por entonces contratado con tal fin por Bocanegra. En cambio, ya lo creo que a muchos aficionados de por acá sí nos interesaría saber que la Junta Administrativa de la Plaza de Toros de Vista Alegre viniera a Madrid, ¡todos los años!, para desarrollar un cursillo intensivo sobre el tema: "De absoluta necesidad para ejercer el título de empresario." Y como subtítulo: "Contra la ineptitud." Comprendo que ustedes, al leer esto, se encojan de hombros. Pero ¡si escuchasen los improperios que una y otra temporada les adjudican, más que los cronistas taurinos, los espectadores pacientes!

Con nostalgia por el "tradicional abono" y con amargura al recordar sobre el abismo en que se encuentra la Plaza de las Ventas, en la que, salvo en contadas ocasiones, ni hay toros ni hay toreros, "ni hay chicha ni hay limoná", aunque ya del Salemanquino me ocupé en otra ocasión, por haber nacido en Béjar, mi patria chica, terminaré, por hoy, evocando a Julián Casas y Guijo, que murió el 14 de agosto de 1882. Aunque he oído achacársela a Cúchares, estoy convencido de que la siguiente anécdota le pertenece: En tertulia, con él se comentaba la aportación de Sevilla y Córdoba al toro. Se enunciaban los diestros andaluces nacidos en una y otra capital. Al cabo de un rato, aprovechando una pausa, Julián dijo: "Anda, que también Béjar ha dado lo suyo. ¡De allí salí yo!" Uno de sus interlocutores prosiguió la broma: "Saliste por malo." Y mi paisano concluyó: "Pero, ¿salí o no salí?"

AGOSTO

14

MARTES

GENIO Y FIGURA

LA CALVA Y LA MULETA

Por MANUEL LOPEZ-MARIN

ES el primer comentario que se nos ocurre al contemplar la fotografía que acompaña a estas líneas; esta fotografía, que a primera vista no dice nada, pero que tiene elocuencia si nos detenemos en su contemplación. No dice nada porque nada puede decir un torero que con su muleta plegada y aire pensativo da por terminada su misión frente al toro, aunque, a decir verdad, no se sabe a punto fijo si ese torero "viene" o "va". Más claro: si ha terminado su faena o va a iniciarla, aunque, si juzgamos por el detalle, ese torero "viene", porque no lleva el estoque. Si "fuera" al toro, le veríamos armado de todas armas...

Pero ese torero que "viene" —demos por cierto su regreso— es nada menos que Rafael, el Gallo, genio y figura hasta con la muleta plegada, su paso corto, sus manos sin crispación, su aire indolente y su gesto de indecisa meditación.

Decimos de un hombre consecuente en sus actos y en sus procedimientos que es un hombre incorregible y que hasta la última hora de su vida mantendrá esa consecuencia. Genio y figura a prueba de todos los vaivenes de la vida, de todas sus mudanzas y de todas sus adversidades. Esto supone la personalidad, cosa que no está al alcance de todos los mortales. El ser un árbol más en una alameda sí que es de casi todos los hombres. Y no es precisamente la calva lo que acentúa la personalidad de Rafael, el Gallo, porque Rafael podríamos casi asegurar que nació ya así: calvo. La personalidad de este gitano único, su genio y figura es ese no sabemos qué de inmaterial que le hizo único en los ruedos y fuera de ellos.

Hagan ustedes el favor de observar cómo lleva cogida la muleta este torero impar y qué aire originalísimo envuelve toda su figura. No es una aprensión nuestra, es... Tengan ustedes la bondad de fijarse otra vez en el gitano y caerán en lo que hemos caído nosotros: en la afirmación concluyente de que hoy —y que nos perdone la reunión— no hay torero alguno que tenga esta personalidad tan terminante.

¿En qué iría pensando El Gallo esa tarde lejana y en esa Plaza anónima? ¿Qué habría hecho este repajolero "calé" momentos antes? Es igual. El hecho que merece nuestro comentario es que hay garbo en toda su persona, ángel, personalidad.

No se nos diga que esa personalidad se la da su calva. Creemos que un torero calvo mueve a risa, y Rafael ha hecho reír mucho a los públicos con sus genialidades —llamemos así a sus despavoridas espantadas—, pero también les ha puesto tremendamente serios con sus geniales alardes de torero artista, porque cuando el calvo daba con su tarde inspirada se paraban los relojes, el corazón de los espectadores y se caían los capotes de las manos de los otros toreros que alternaban con él aquella tarde. ¿Cuál de ellas? Cualquiera. Ha tenido muchas este torero-sorpresa, que al rematar un pase de muleta improvisaba un adorno, un desplante, una de esas divinas genialidades, que ponía muy serios a los públicos. Y la calva estaba allí y nadie se reía de ella. El arte no repara en pelos. Los públicos reparaban en la calva de El Gallo cuando se estrellaba contra un burlderero en su frenesí por llegar antes que el toro.

La personalidad de El Gallo no ha sido su calva, aunque le haya precipitado en la curiosidad de los públicos: ha sido todo él. Y así fué toda su vida este hombre singular. Personal y único, genial y pintoresco. Y continúa siéndolo porque sí, porque... genio y figura, hasta el final.

Cuando de un mortal dicen esto es que ha dado en la diana de la curiosidad pública y del éxito. El genio no es de todos los días. Y la figura, tampoco.

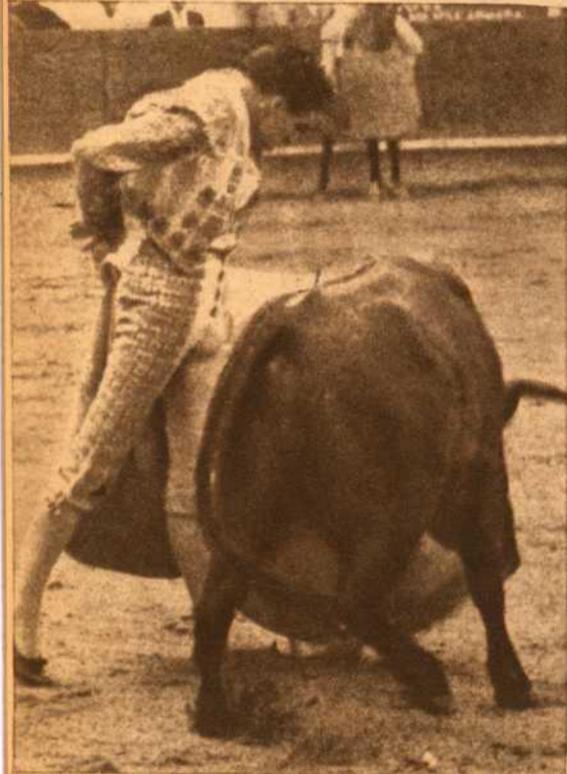
¡Que Dios te conserve muchos años, Rafael, aunque sea como ahora: con batín y zapatillas silenciosas!



CARTEL DE BARCELONA



Belmonteño en un pase en redondo a su primero



Belmonteño en un ajustado lance de capa a la salida de un quite



Un pase de rodillas con que Belmonteño inició la faena a su primero



El Boni, rodilla en tierra, da un muletazo por alto



Un buen muletazo con la derecha de El Boni, mandando y aguantando



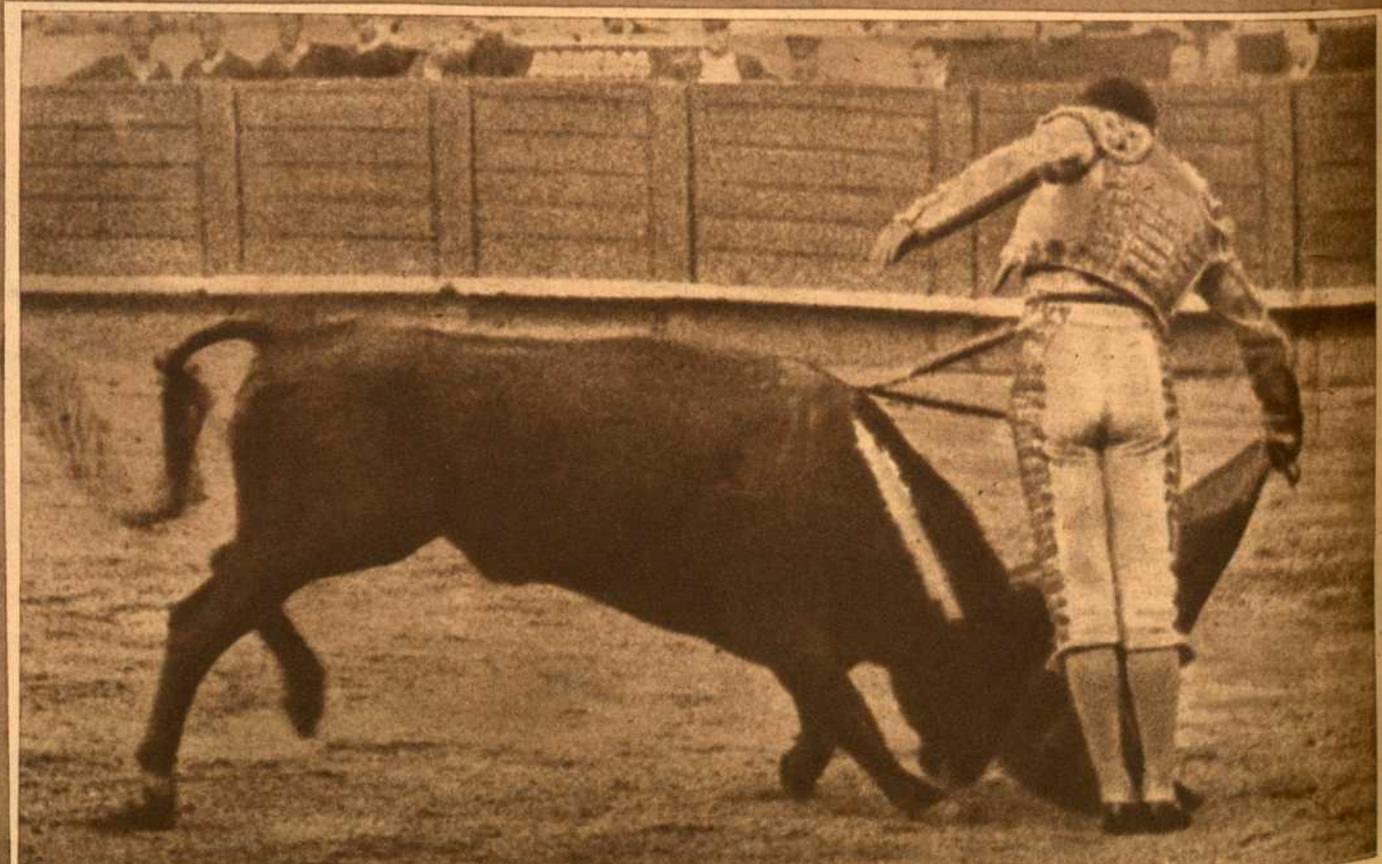
El mejicano Balderas inicia la faena de su segundo con un pase de rodillas

BARCELONA 5 (De nuestro redactor SUBIRAN). — ¡Bien por don Manuel González, el ganadero salmantino! Su novillada no fué en modo alguno desecho de tinta y cerrado. Y no lo fué de tonta, porque todas las reses acusaron bravura y casta, y en su mayoría llegaron al segundo y al último tercios, y cuidado que se les trató mal, manejables. Y no lo fué tampoco de cerrado, porque muy parejas en general, más bien parecían escrupulosamente seleccionadas, dada la variedad de pelos, casi un verdadero muestrario, ya que se vieron a gusto todos los habidos y por haber.

Los toreros estuvieron, con la excepción del Boni, con el corazón en un puño durante todo el festejo. Perdimos la cuenta de las veces que fueron cogidos y volteados sin consecuencias, por fortuna. Y es que esos muchachos se empinan testarudamente en pisar terreno, no ya peli-groso, sino vedado, al menos que se pretenda salir en brazos de las asistencias camino de la enfermería. Bien está el valor, necesario por otra parte, ya que si no, por muy torero que se sea o muy entonado que se esté, es de todo punto imposible cuajar una faena, que es lo que le ocurrió al Boni, cuya prudencia excesiva la malogró un éxito.

El mejicano Balderas fué, no sólo el gran animador de la novillada, sino también su figura más destacada. Toreó extraordinariamente con el capote en sus dos toros

JUICIO

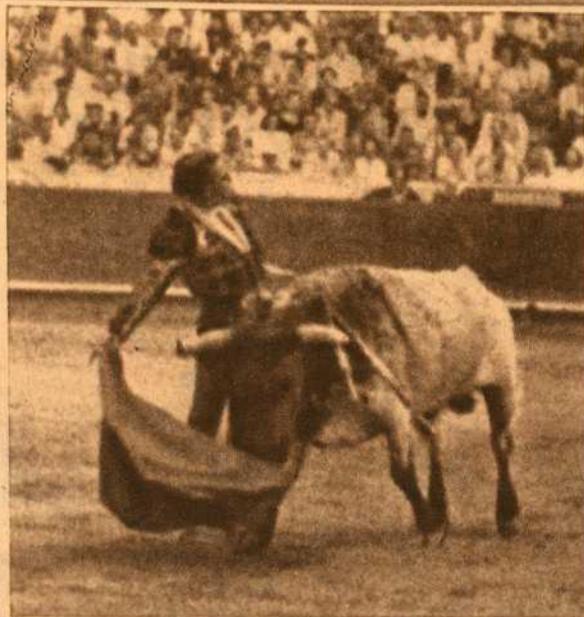


Balderas tuvo una buena tarde, cortando las orejas a su segundo. Aquí le vemos en un templado pase con la derecha

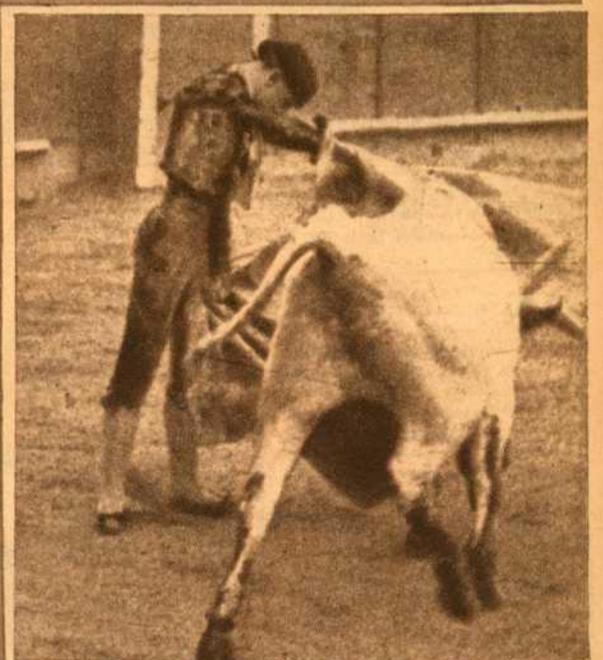
NOVILLOS DE DON MANUEL GONZALEZ PARA BONI, BALDERAS, BELMONTEÑO Y FAURÓ



Otro momento de la faena de Balderas al toro que cortó las orejas



Fauró en un muletazo, mirando al tendido, al toro que cortó la oreja



Fauró toreando de capa al último de la tarde

CRITICO

y se mostró tan decidido y temerario con la muleta, especialmente en su segundo, que millagrosamente salió ileso del lance. Bravo también con el pincho

Fué muy aplaudido en su primero y cortó las orejas en su segundo, y fué finalmente sacado en hombros tras des-pachar de carterá estocada al que cerró plaza, al que antes había muleteado y pinchado Belmonteño, quien hubo de retirarse de la Plaza por sentirse de su última grave cornada, al ser cogido y zarandeado por el toro

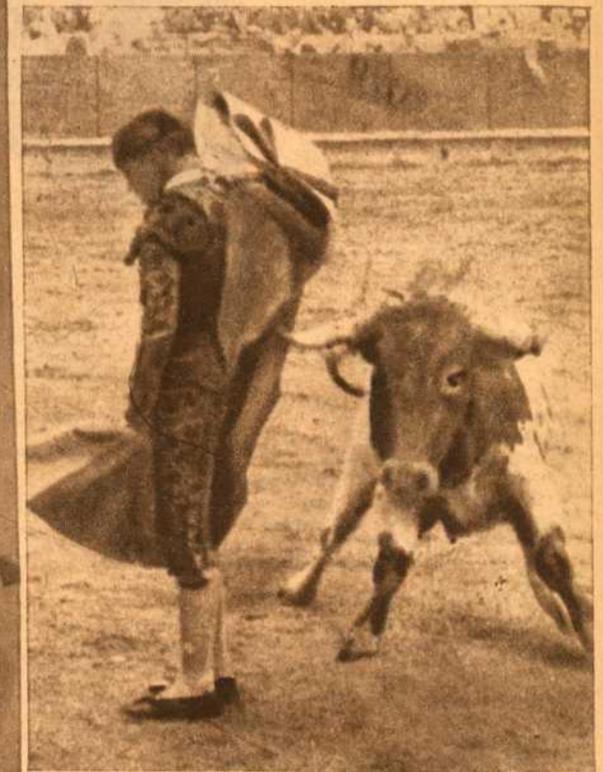
Belmonteño, que goza de muchas y merecidas simpatías, dió a lo largo de la corrida la sensación de no estar completamente restablecido. Se le vió mermado de facultades. Los toros le atropellaron con frecuencia y pudieron darle un disgusto serio. Es cuestión de medir un poco mejor las distancias.

También Fauró tuvo un éxito. Toreó muy bien con el capote y con la muleta, mirando al público quizá más de la cuenta. Y como estuvo breve y acertado con el estoque, le fué concedida la oreja de su segundo, un bravo animal. En su primero, regular nada más.

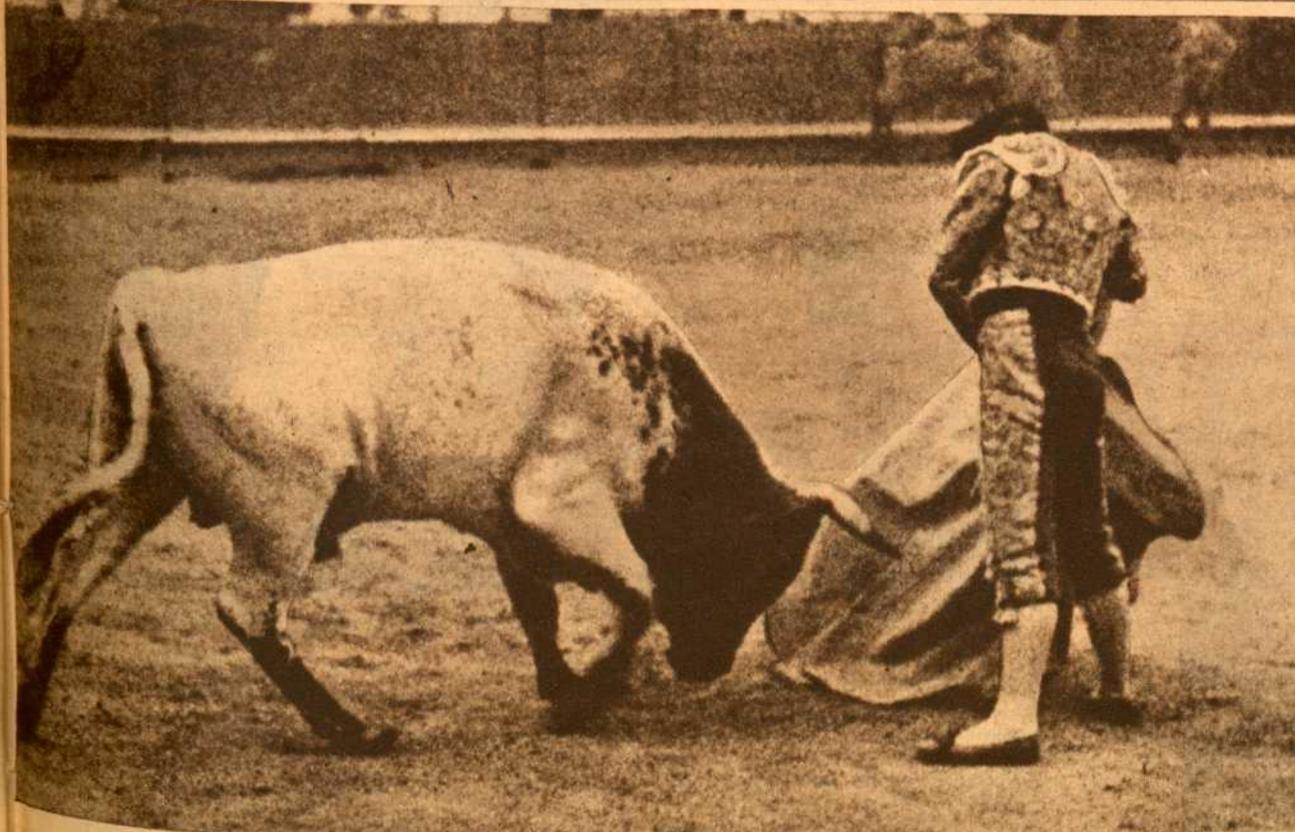
Los de a caballo hicieron herejías. ¡Qué modo de ensañarse con tan hermosas y bravas reses!



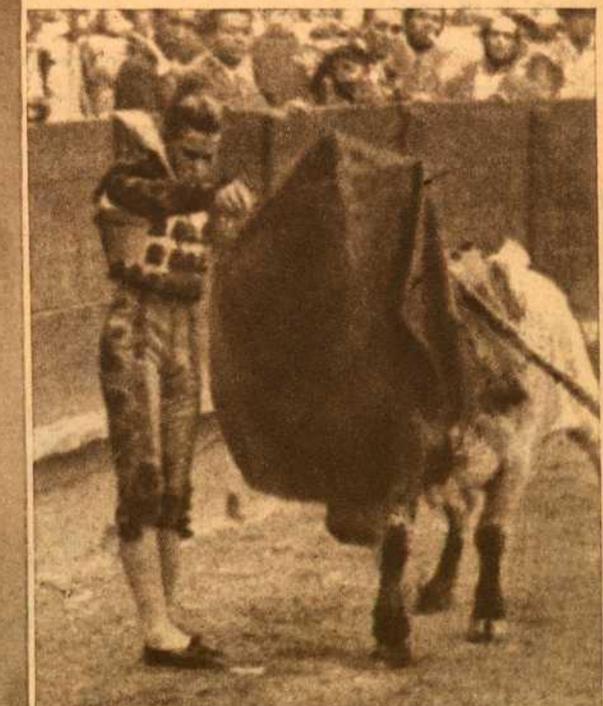
Belmonteño muleteando con la derecha a su primer enemigo



El mismo diestro toreando por chiclecinas



El Boni tuvo una actuación discreta y en algunos momentos acertada, como en este templadísimo lance de capa



Un pase por alto de Fauró al toro que cortó la oreja



Manolete, el lunes por la mañana en Vitoria, con el empresario de la Plaza, señor Martínez, descansa en la cama hasta la hora de vestirse de torero

MANOLETE REAPARECIÓ

**"NO ME ENCUENTRO BIEN PARA TOREAR"
"ME MOLESTA MUCHO EL BRAZO Y ME
FALLAN LAS FACULTADES"**

**"He venido
hoy a esta
Plaza
al servicio
de una
amistad"**

MANOLETE está aún en la cama, en su cuarto del hotel. El brazo izquierdo, en el hombro, lleva unas vendas.

—Me duele el brazo —nos dice—. Estoy mal. Voy a torear por tratarse de Pablo, que es el empresario. Si no fuese por eso no me arriesgaría a salir; pero qué le vamos a hacer!

—¡Todo saldrá bien!
—¡Ojalá! Pero si sólo diera un tropezón, estoy seguro que esta fractura se me resentiría considerablemente.

Con estas palabras hemos dado comienzo a nuestro diálogo.

EL DESAYUNO

Ha desayunado café con leche. A la una de la tarde una tortilla y frutas ha sido su almuerzo.

Se levanta de la cama y vamos a ser testigos de todos los pequeños detalles de que se rodea el ritual de vestir un torero el traje de luces. Manolete, después del percance que le ha tenido más de un mes alejado de los toros, tiene preparado un vestido azul y oro.

LAS MEDALLAS DE SAN RAFAEL Y LA DOLOROSA

Al abandonar el lecho se coloca sobre la camiseta unas medallas —San Rafael y la Dolorosa— y un escapulario.

La mesilla de noche está llena de imágenes y medallas.

Jesús Marín, el popular fotógrafo donostiarra, va a hacer una foto en la cama. Alguien intenta quitar de la cabecera del lecho unos pares de medias; los tres pares de medias que, uno sobre otro, ha de vestirse.

—No, no. Deje las medias—dice Manolete.

PEQUEÑA SUPERSTICION

Es una pequeña superstición, como la de que nadie ponga un sombrero sobre la cama. Por eso Guillermo, su mozo de estoques, cuando llega alguna visita, les arrebató los sombreros.

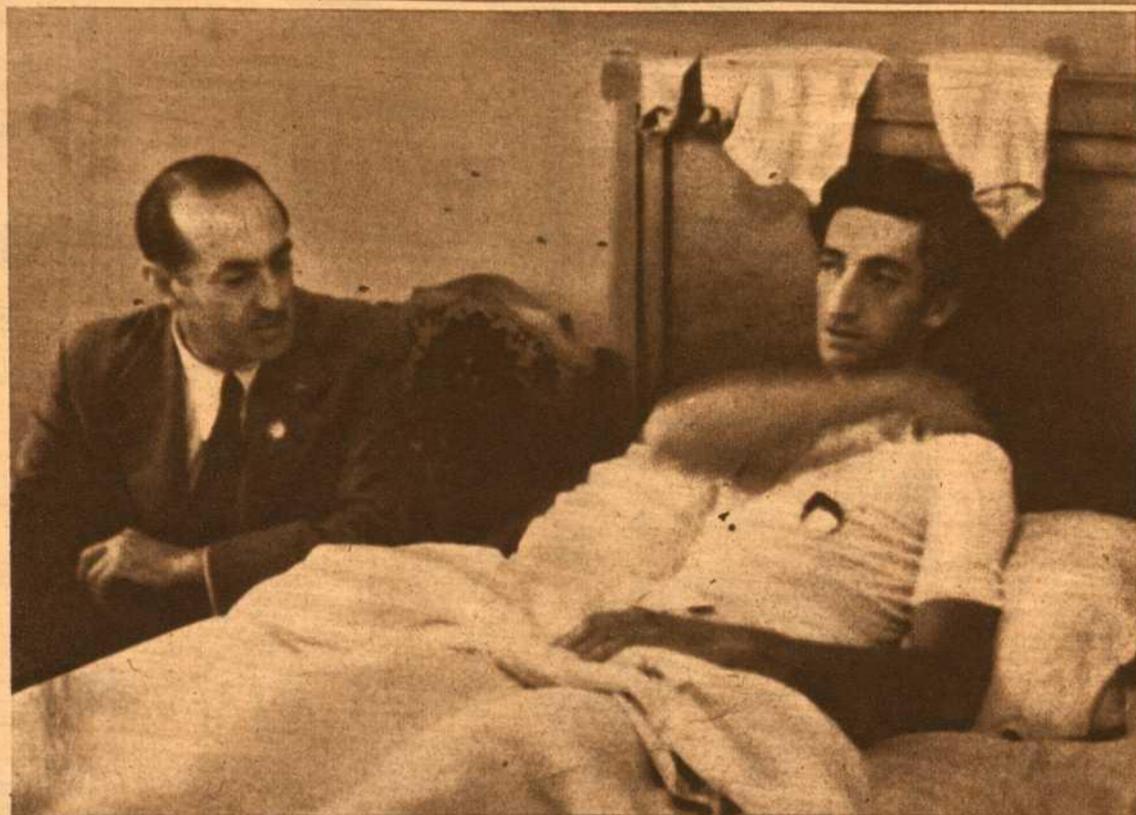
Manolete, para vestirse de torero, lo primero que hace es colocarse en los pies una buena cantidad de esparadrapos que le aprietan los dedos, resentidos desde hace tiempo.

Mientras hace esta operación, nos dice:

—Estoy preocupado. No a la dificultad de los toros. Es que no puedo andar. Si tuviera los brazos bien, no importaba no poder correr.

DOLOR EN EL HOMBRO IZQUIERDO

A cada movimiento se resiente y duele del hombro izquierdo. El mozo de



«Me molesta mucho el brazo, me duele el hombro y me fallan las facultades»



«Me parece que no voy a poder terminar la corrida—dice Manolete en la mañana del lunes, horas antes de la corrida»

espadas le coloca la talegulla. Manolete charla con la legión de amigos que acude a estrechar su mano y decirle las clásicas palabras:

—¡Suerte!

Pero la operación ha sido lenta, como un rito. Esta vez adquiere solemnidad rigurosa esa tarea que ya de suyo es importante.

Los amigos eluden toda conversación respecto del estado de destreza a que ha conseguido llegar el diestro, pero en todos los rostros una misma inquietud une en un denominador común de zozobra todas las fisonomías:



La fuerza de voluntad de Manolete le ha permitido vestirse de torero. Aquí le vemos acompañado de Camará, a falta de la casaquilla

EL LUNES EN VITORIA

"LAS DIFICULTADES DE LOS TOROS NO ME PREOCUPAN; LO QUE ME INTRANQUILIZA ES MI ESTADO Y MI DEPRESION"

"Me parece que no voy a poder terminar la corrida"



Camará es siempre el encargado de «apretar los machos» a Manolete. La fotografía recoge el momento de la delicada misión, no tan fácil como muchos creen



El matador empieza a vestirse. Guillermo, su mozo de estoques, en la tarea del vendaje de pies para vigorizar las articulaciones

la tarea de apretarle los machos.

Se afeita y se peina. Al colocarse la montera, la encuentra chica. Guillermo, su mozo de espadas, le coloca la castañeta. Al hacerlo, le da un tirón del pelo. El matador protesta con un grito:

—¡Guillermo!

UN CAFE CON LECHE

Le sirven un café con leche. Camará, mientras tanto, nos va diciendo:

—La corrida que va a torear hace la número 37 de la temporada. Si no hubiera sido el percance, sería la 61.

—¡Cuántas le faltan en la temporada!

—Le quedan 41 hechas.

COLOCACION DE LA TALEGULLA

Ya puesta la talegulla, Manolete, en pie, ante la mesilla de noche donde están las imágenes de sus devociones, reza fervorosamente.

Sigue vistiéndose con calma; entre prenda y prenda fuma incansablemente cigarrillos rubios.

EN LA PUERTA DEL HOTEL

En la calle, frente al hotel, una multitud enorme le aguarda, a pesar de que llueve copiosamente.

—Más vale que llueva que no haga viento—dice Camará.

—A ver si se suspende en el segundo toro—dice otro amigo.

—Ojalá se suspenda antes de empezar—contesta el matador, a quien duele mucho el hombro.

INQUIETUD POR SABER LA HORA

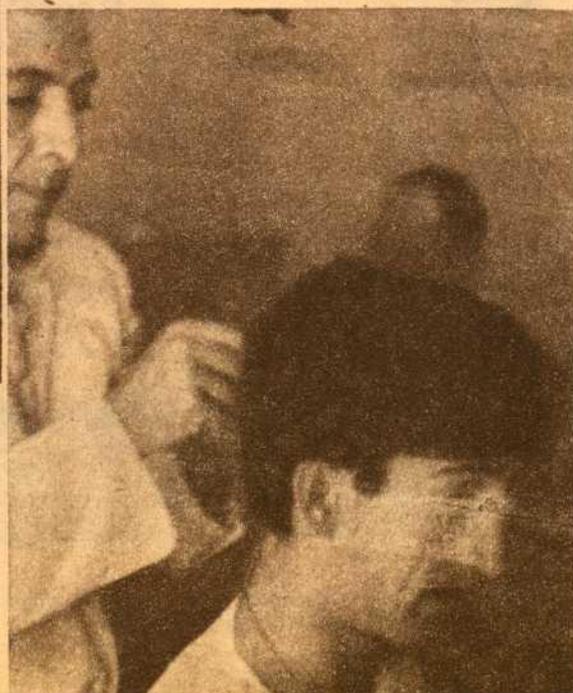
De vez en cuando el diestro pregunta la hora que es. Está intensamente preocupado con su brazo izquierdo. Torea de salón ensayando sus facultades. La mano izquierda no le responde y no puede levantar el brazo.

PERSISTE EL DOLOR FISICO

Al cabo de hora y media está vestido y listo para marchar a la Plaza. Una larga fila le espera. Pasa ante ella serio y preocupado. No sabe si podrá torear. Es el dolor físico que le ataca.

Pero Manolete ha querido reaparecer en Vitoria, al servicio de una amistad, y allí va, camino de la Plaza, entre los aplausos del público que le espera con expectación que, después de llenar toda la Plaza, ha llenado la ciudad entera.

Guillermo colocando la castañeta a Manolete, el lunes en Vitoria, una de las fases del atuendo del torero



SE CONFIRMAN LOS TEMORES

Y todo fué tal como aquei; presentimiento lo hacia sospechar. Terminada la corrida, Manolete se resistió de la fractura de la clavícula de tal manera que hubo de ingresar en una clínica.



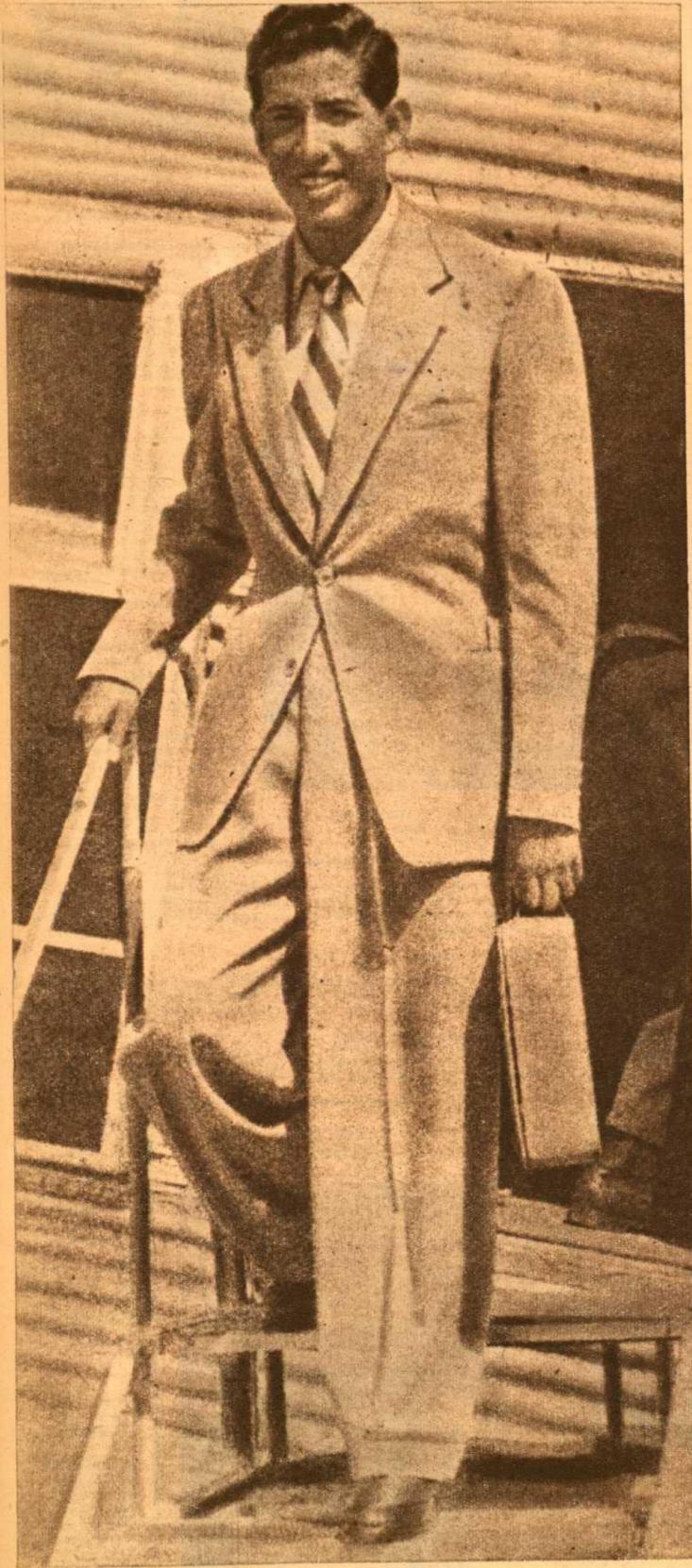
El rostro del cordobés refleja la preocupación ante la prueba de la tarde. «No me asustan los toros; me intranquiliza mi estado»

¿Cómo estará Manolete después del percance? ¿Habrá soldado bien la fractura? ¿La articulación escapulo-humeral tendrá su anterior juego y soltura...? ¿Se habrán mermado las facultades del diestro? Todas estas preguntas se las hacen los presentes in mente, mientras el famoso torero se viste.

CAMARA Y LA TOALLA

Inmediatamente Camará se sienta en una butaca; coloca en sus rodillas una toalla y realiza metódicamente

Un nuevo torero mejicano en España, ANTONIO VELÁZQUEZ, el matador de toros que jamás llegó a Madrid



El matador de toros mejicano Antonio Velázquez desciende del avión a su llegada al aeródromo de Barajas

"Mi ambición suprema es torear en la Monumental de las Ventas"

Un traje azul y oro, que vale por una cornada

LA LLEGADA A MADRID

PROCEDENTE de Lisboa llegó en avión a Madrid, el lunes, el matador de toros mejicano Antonio Velázquez. Figura popular en Méjico, tiene en su mérito el haber conquistado esta temporada la oreja de oro en reñida competencia con figuras mejicanas y españolas.

En el aeródromo esperaban a Velázquez, Antonio y Ángel Luis Bienvenida y un grupo de amigos íntimos. Ya en la casa de los Bienvenida, adonde Velázquez viene a compartir los días de permanencia en España, hablamos con el simpático torero, quien por adelantado mostrábase complacido de arribar a Madrid y de encontrarse entre tan cariñosos amigos.

LOS ULTIMOS SERAN LOS PRIMEROS

—¿...?

—Sí, vengo un poco tarde. Y me halaga su cariñoso supuesto de que los últimos puedan ser los primeros. Me he llevado dos meses en Lisboa —donde he toreado con éxito dos corridas—, sin poder venir por dificultades en la visa, dificultades que en modo alguno son imputables a mi apoderado.

El señor Bienvenida ha hecho por mí cuanto puede hacerse, y de su hijo Antonio, con quien me une una amistad fraternal, no tengo más que motivos de gratitud. Sólo por estar entre ellos merece cuanto he sufrido por mi tardanza en llegar. Pero aquí estamos, manito...

MADRID, EN EL CORAZON

—¿...?

—Creo que torearé. Ardo en deseos de ello. Y si no tuviera ocasión, me conformaría con aplaudir a los toreros españoles como espectador, aprendiendo y emocionándome con su técnica y con su arte. Ahora, de momento, sólo sueño con meterme a Madrid hasta el corazón. ¡Y conocer Sevilla!

SEVILLA EN LOS OJOS

—¿...?

—Mi ilusión por Sevilla data de las conversaciones constantes con Antonio, durante su triunfal estancia en Méjico. Me describía



Manuel Mejías y Antonio Velázquez brindan por los éxitos del diestro mejicano en España

La oreja de oro en Méjico es un salvoconducto definido

"Y ahora, a que me vean y... ¡a convencer!"

su Sevilla con tal entusiasmo que conozco su Semana Santa como si la hubiera visto. No puede figurarse nuestra compenetración y la gran admiración que siento por este compañero y este extraordinario amigo. Le voy a referir un caso que demuestra mi respeto y mi admiración por él. Superstición. Toreamos juntos la corrida de la Cruz Roja, en Méjico. Para que yo no repitiera ninguno de mis trajes, tuvo gusto Bienvenida en que me pusiese uno suyo, azul y oro, que había estrenado el día 25 de febrero, en la famosa tarde que cortó las orejas a sus dos toros. No me supe negar a su gusto; pero me callé, que entre mis pequeñas supersticiones cuento el sentir un horror por el color azul. Y me vestí, con una preocupación y un miedo, que para mí se queda.

EL TRAJECITO AZUL

En mi segundo toro, al dar un natural, el bicho me derribó, y ya en el suelo hizo por mí, y en el instante mismo que me metía la cabeza, el capote de Antonio salió no sé de dónde y se llevó el toro en medio de una ovación enorme. Como me creían herido, forcejeé con todos, y al ver cerca de mí a Bienvenida, no pude reprimirme y exclamé: "Por esta vez falló el trajecito azul". Pero como algunas supersticiones están explicadas, al entrar a matar a este mismo toro, y antes de doblar, me dió una cornada en el muslo. Cuando le conté después a Antonio lo del traje y mi propósito de no desairarlo, me quería matar él...

LA OREJA DE ORO, SUMA CORRIDAS EN MEJICO

—¿...?

—La lucha para mí ha sido muy dura en Méjico. Y esta temporada, al conseguir la oreja de oro, tuve la satisfacción de que de nuevo se me abrieran las puertas del éxito. Una cornada paró algo mi carrera; pero me repuse pronto y toreade en El Toreo tres corridas y varias en los Estados, con mucha suerte.

—¿...?

—Mi sueño loco, venir a España. Y ya lo he conseguido. Ahora, torear y... convencer. Como verá, pido la luna. Pero mi ambición artística no tiene límites.

Y repartiendo abrazos a los Bienvenida, y en plática cariñosa



Ángel Luis Bienvenida y Antonio Velázquez ríen con satisfacción comentando los incidentes del viaje

con don Manuel Mejías, sobre proyectos y satisfacciones, dejamos a este nuevo torero mejicano, de quien los testimonios nos hablan con los más sinceros elogios. Torero modesto, popular y espléndido en su gran simpatía.

Esto nos ha parecido Antonio Velázquez.



Velázquez con un grupo de amigos y Antonio y Ángel Luis Bienvenida a la puerta de la casa de éstos



A su llegada al aeródromo de Barajas, el diestro mejicano cumple los requisitos reglamentarios



Antonio Velázquez, al descender del avión, es recibido por los hermanos Bienvenida y un grupo de amigos (Fots. Mari)

UNA PAREJA QUE EMPIEZA SU VIDA



Aun están los dos en la fotografía de Julio Pires, que la

amabilidad del excelente crítico del "Diario de Lisboa", Rogerio Pérez, o sea "El terrible Pérez", puso en mis manos, con destino a las columnas de EL RUEDO. La foto es rigurosamente inédita, pero no ello, con ser mucho en el periodismo, sino su valor nostálgico, es lo que le confiere un volumen que pesa sobre la pluma que ha de ponerle este pie grandullón. Aquí están, en Portugal, en una plaza cerrada con carros, nada más que Joselito y Limeño, la pareja que comienza a torear en el año de gracia de 1908.

Han ido a Portugal buscando campo para sus hazañas. Han llegado allí de la mano de un guardia, como si fueran unos niños traviosos. Del guardia municipal sevillano José Martínez, que los vió debutar en Jerez el 19 de abril del mismo año, y que ha pensado, no en que se hallaba ante el coloso futuro de los toreros, sino en ambiciones más cercanas y concretas, en el interés de la parejita en las Plazas portuguesas y en su propio interés. Por lo pronto, ajusta los contratos y paga a los niños diez reales por corrida. Pero en aquella pareja de "niños sevillanos" iba en potencia y agraz el tremendo torerito, el amo del toreo dentro y fuera de los ruedos. Y en la tercera becerrada se planta. Ajusta por su cuenta el contrato de Campo Pequeño en mil pesetas y él se arregla con todos. Al "guardia", veinte duros, y al resto lo que es de ley, y no los ocho reales que José Martínez pagaba a los banderilleros. Y así, ante un mentor que ha visto como en un relámpago lo que tiene delante, toorean catorce festejos más. Con unos novi-

¡AQUELLOS DOS NIÑOS!

lotes que a lo mejor pasarían hoy por toros. Y aun en aquella

época fueron suficientes para que la "señá Gabriela", más o menos enterada, mandase a por los chicos al peón Flaverio. Pero ya se habían echado los cimientos —portugueses, para honra del Portugal taurino— de aquella pareja en la que iba un coloso.

En la fotografía puede verse claro. Limeño está en ella, muy marchosito para el objetivo de la máquina. Joselito está para el suyo, que es ser el amo. Frunce el gesto y observa lo que les va a salir, para aprender lo que su portentosa intuición deja al oficio. Está ya en el sitio de responsabilidad, que no dejó nunca. A lo mejor ya ha puesto en su sitio al "guardia", y piensa además en las futuras contrataciones. Así fué lo que fué. Y ya se le adivina por debajo de esa guayabera blanca, por cuyas mangas asoman demasiado las muñecas; en su pantalón flamenco y en sus zapatillas. Pero, sobre todo, hay el gesto de ir a lo suyo, de estar en lo suyo, de ser el eje. Y tenía trece años. Rogerio Pérez me cuenta qué seriedad, a lo Guerrita, presidía el que en la peña del café pidiese con voz más hueca, para hacerla de hombre, una gaseosa.

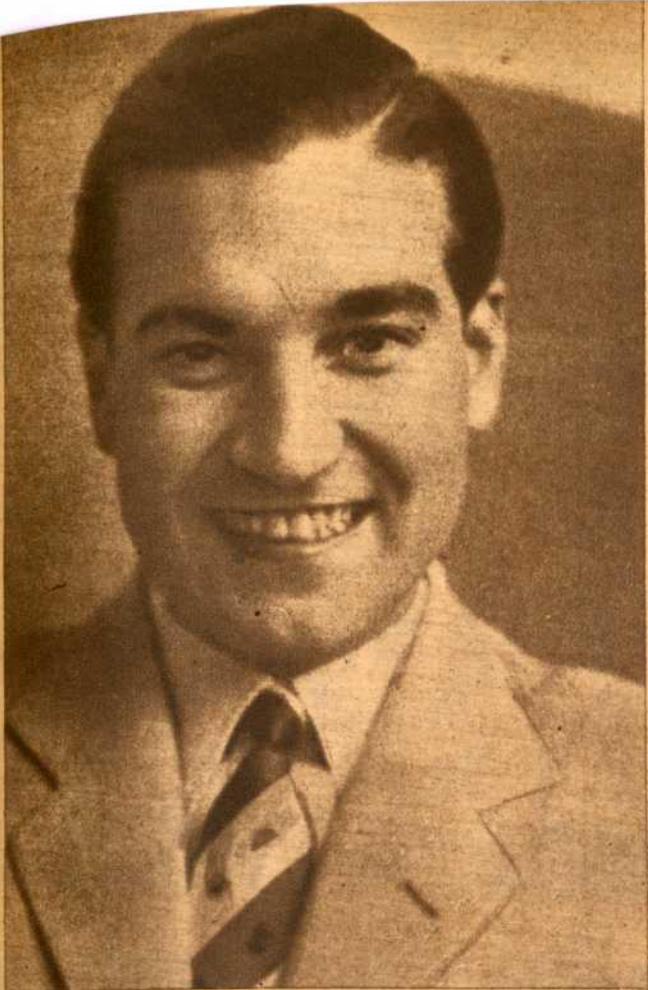
En fin, para mucho más daría la foto. Pero ahí está solo con su aire de promesa y fecha. En Portugal, en el año 1908, con Joselito y Limeño.

Ahora, al cabo de los años, cuando la gloria nimba mimadamente el nombre del diestro de Gelbes, la fotografía cobra realidad entera de esperanza, realizada en su más hermosa realidad.

ANTONIO BIENVENIDA

explica los motivos por los que aun no ha toreado esta temporada en ESPAÑA

"Sólo pienso actuar en tres corridas, y las tres en Madrid, el mes de septiembre"



En las fotos: Antonio Bienvenida en varios momentos durante su charla para «El Ruedo» (Eats. Mari)



REALMENTE sorprendía un poco...

Pero nadie tampoco pudo decirnos por qué Antoñito Bienvenida no toreaba en España, cuando había regresado triunfador de Méjico.

Sólo una persona podía hablar claro sobre esta ausencia, y esa persona era la única que no quería hablar.

Porque lo sorprendente era que Antoñito Bienvenida siempre rehuía el tema.

—Ya hablaremos de «eso» otro día.

Pero

—¿Quieres decirme, Antonio, cuándo toreas? Pensó un momento, antes de decidirse a contestar. Al rato, sin dar mayor importancia a sus palabras, me fué diciendo.

—Son muchos los que me preguntan cuándo pienso torear. Pero esto es, a la vez, muy difícil y muy fácil de contestar.

Hizo una ligera pausa y continuó:

—Verás: Es fácil si el que interroga está en el secreto de las causas que han producido esta ausencia mía de los ruedos, y difícil si el que escucha está lejos de estas causas.

Le interrumpí:

—¿Quieres decirme, Antonio, si toreas o no esta temporada?—le pregunté insistiendo.

—Sí; estoy dispuesto a torear. Pero dispuesto de la forma que ya hizo pública mi padre. Es decir, sólo tres corridas en Madrid.

—¿Condiciones?

—Sin otra condición de la que se deduzca de mi verdadera situación en el toreo. Y esta condición es que quiero torear con los mejores carteles, con los mejores toreros y con los mejores toros.

—Y si esa condición, por cualquier causa, fallase, ¿cuál sería tu decisión?

—Sencillamente, que no toreaba esas tres corridas en proyecto y me preparaba en firme para la próxima temporada. Con ello correspondía al concepto serio que tengo del toreo. En el toreo, ni prisas ni informalidades.

—¿Pensas esta temporada torear en América?

—No lo sé aún. Mejor dicho, no lo tengo decidido. Tengo, desde el invierno último, ofertas muy tentadoras para actuar en Lima. Ofertas que aplacé, en mi deseo de ayudar a la Empresa de Méjico, ya que con mi triunfo en El Toreo hubo de ampliarme un número de corridas, cuyas fechas coincidían con las que me ofrecía mi amigo Fernando Graña para actuar en Lima. Y es posible que pueda decirme este año a saldar esa deuda de amistad con el popular empresario limeño, aunque por ahora no tengo nada resuelto.

—Y... ¿qué causa ha motivado tu decisión de torear sólo en Madrid esta temporada?

—Mi pregunta no la esperaba, pues sus palabras tenían un ligero tono de sorpresa.

—Pues por una causa muy sencilla, muy explicable y muy natural: por la fecha de mi regreso a España. Comprenderás que no se puede estar en la procesión y repicando... ya que cuando vine, todos los carteles estaban ya confeccionados. Pero yo no podía consolarme con esto, y estar en España y estar en Madrid, y no torear en Madrid me llenaba de amargura. Aquí nace mi deseo de vestirme

de luces ante el público al que sé lo debo todo y del que nunca rehí su contacto... Eso es todo.

—Cómo tardaste tanto en regresar a España?

—Por las circunstancias anormales en que fuimos a Méjico. Baste decir que yo me llevé en Méjico un mes sin debutar. Y de ahí vienen a sumarse otras contrariedades. Es decir, que mi formalidad y mi deseo de colaborar en las magníficas relaciones taurinas entre España y Méjico me ha costado lo que vale torear una temporada en España. Pero estoy satisfecho, porque espero que este sacrificio nuestro servirá de ejemplo a los compañeros que la próxima temporada van a Méjico.

—Y tu afición... ¿No se quebrantará al no torear?

—¡Cá! Yo te voy a hacer una afirmación. Quizá la afirmación más sincera que haya salido de mis labios. Jamás, jamás me sentí más puesto, más torero y con más méritos... Que me perdonen la inmodestia, pero es así. Y si no, que el tiempo lo diga.

—Pues así lo deseamos...

—Yo procuraré demostrarlo. Yo no sé, no sé cómo explicarlo... Lo cierto es que tengo más afición que nunca y me siento más seguro que nunca de mi arte.

—¿Y de tu campaña de Méjico, qué es lo que recuerdas con mayor ilusión?

—El último toro que maté en Méjico. Precisamente aquel día toreaba con Lorenzo Garza, y en aquel último toro, que brindé al público, cifré toda mi ilusión... y triunfé.

—Y la próxima temporada...

Ahora fué Antoñito Bienvenida el que me interrumpió.

—La próxima temporada pienso torear todo cuanto pueda...; para nosotros, los toreros, lo que llamamos una temporada normal.

**

Antoñito Bienvenida, se rió alegremente cuando terminó de contarme todas sus «cuitas».

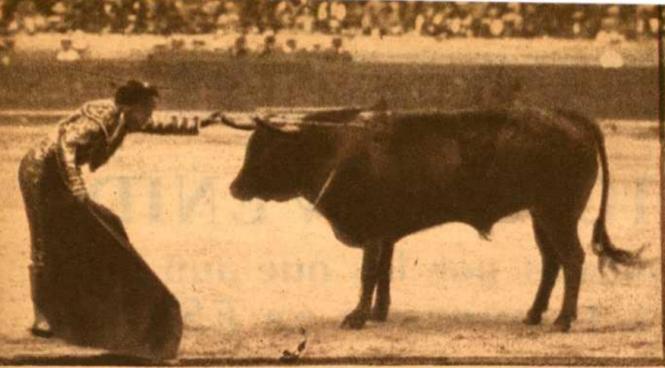
—Es curioso —me dijo, sin abandonar su sonrisa—... Yo no quería hablar de nada y ya ves, te lo he contado todo.

—Lo que hace falta, Antonio, es que torees esas tres corridas en Madrid...

—Es lo único que deseo, porque en el toreo, si las palabras tienen un valor, cuando son sinceras, las acciones son las que en última instancia sirven para aclarar rotundamente muchas cosas... Y estas «cosas» son las que quiero yo demostrar públicamente.

Lo hemos deseado, como él mismo lo desea. Porque Antoñito Bienvenida, cordial, sencillo y amigo de todos, es aún mucho más. Es un torero.

Felizmente para todos.



Un adorno de Joselito durante una gran faena de muleta en la Plaza de Valencia

(Continuación del capítulo VII)

de lo que fué el arte de aquel torero sin par, por la suma de sus cualidades y capacidades, y de lo que influyó en la transformación de todo el toreo. Y llegado este momento urge detenerse en la figura de Juan Belmonte, rival de José, que por él fué influido y de él se influyó, y porque de los dos juntos, que en algo fundieron

sus estilos respectivos —aunque siempre quedarán perfectamente diferenciados—, nació el arte nuevo de torear muy cerca y muy despacio. Con ellos se empezó a escuchar el toreo. Ya procuraré luego, siquiera sea brevemente, explicar cómo la fiesta de toros, que fué siempre apreciada por los ojos, se pudo empezar a gustar por los oídos como un valor musical.

Insisto en que hay que traer a un primer plano, al mismo de Joselito el de Gelves, la figura de Juan el trianero. No sólo por la competencia que sostuvieron —que muchas otras hubo en el toreo—, sino porque en ella los dos rivales se hermanaban a ratos y no siguieron siempre cada uno, con indiferencia de lo ajeno y porfía de lo propio, caminos absolutamente opuestos, porque los dos caminos se juntaron muchas veces en uno, por el que siguió solo, dentro de las características de su temperamento y su capacidad, Juan Belmonte.

No diré —quisiera poder explicarme con diáfana claridad y temo no conseguirlo— que Joselito muriera de Belmonte; pero sí digo que Belmonte vivió de Joselito. Es más: fué el único de sus contemporáneos que le sobrevivió.

Recordando otras competencias: sin Frascuelo se explica Lagartijo; sin el Espartero se explica Guerrita. Al fin y a la postre, los dos



Joselito y Limeño, vistos en Valencia, cuando forman la cuadrilla de Niños Sevillanos

JOSELITO

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA Por FELIPE SASSONE

grandes cordobeses, aunque maestro y discípulo, y éste superó en cantidad la calidad de aquél, pudieron llenar solos una época y exhibir un modo personal sin influjos. Como guardando las distancias que se quiera, hay que reconocer personalidad única, esto es, sendas personalidades distintas, en Luis Mazzantini y Vicente Pastor, que a nadie se parecieron, y actualmente en Ortega y Manolete, que tan sólo a sí mismos se parecen. Pero Joselito no se explica sin Belmonte, ni Belmonte sin Joselito, porque los dos, tan distintos —¡oh paradoja!—, se parecieron... sin parecerse.

Juan Belmonte le demostró a Joselito que podía torear desde más cerca que se había toreado nunca. Y como algún lector, moderno y olvidadizo, pudiera decir que Belmonte no toreada tan de cerca como se torea hoy, a mí me place recordarle que él fué el primero que cogió al toro de un cuerno para tirar de él y hacerle pasar. Mi querido amigo el buen periodista y buen crítico taurómico Eduardo Palacio Valdés recordaba de un año justo, en una preciosa crónica de *La Vanguardia*, de Barcelona, refiriéndose a la leyenda temerosa de los toros de Miura, un relato a su juicio maravilloso

de otro escritor, Enrique Vila, y decía así: «Feria sevillana de abril de 1914. Seis miuras para Gaona, José y Belmonte. El ganadero, a la sazón don Eduardo Miura, no ha ido a la corrida por estar achacoso; pero aguarda en su casa de la plaza de la Encarnación el resultado de la fiesta. Anochece. Entra en el despacho de don Eduardo el mayoral, y el ganadero le interroga con la mirada. El criado, conmovido, dice: «Zñorito, Belmonte ha cogido un cuerno al beirrendo.» «Falso!» «Es verdad, zñorito.» «¿Lo viste tú?» «Yo lo he visto, zñorito.» Don Eduardo, trémulo, sale del despacho tropezando con un mueble. ¡La leyenda había sufrido aquella tarde el golpe más rudo!»

Hace diecinueve años, cuando aun no se prodigaban las tocaduras de pitón, ni las caricias a los cornúpetas tontos, ni otros desplantes y temeridades, que no quiero clasificar con los motes que hoy les ponen, escribí yo en un libro, de cuyo título no quiero acordarme, porque nadie piense que me hago el anuncio a mí mismo para que lo busquen en las librerías, lo siguiente, relatando mi impresión la primera vez que vi torear a Juan Belmonte. Pídele perdón al lector por la autocita; pero mis propias

palabras me son indispensables y me parece más lógico y sincero copiarlas que buscar otras para venir a decir lo mismo que dije. Y dije de Juan Belmonte:

Desde que al iniciarse el paseo de las cuadrillas me indicaron «ese es», mi asombro desconfiado sólo se fijó en él. Puedo decir que sólo entonces, mirándola sobre su cabeza, reparé en que la montera había cambiado de forma: Belmonte llevaba encima un acento circunflejo. Iba lento y torpe el paso, ajeno al compás de la música, medido dentro del capote de paseo como un galápago dentro de su concha, y, paradójico bajo el sol radiante, daba la sensación de que temblaba de frío. Hasta el prognatismo del mentón parecía un efecto de la tiritona. ¿Qué hubiera dicho Lagartijo de este torero?; pensé. Desde luego, para él no servía el exagerado decir de antaño que le aplicaba al Califa: «Vale la pena de pagar el dinero por verle hacer el paselillo». Esperé ansioso su primer quite y vi con disgusto que no acudía a quitar, sino a torear. Habíanse derrumbado, bajo el testarazo del cornúpeta, caballo y jinete; pero a aquel muñeco brillante —que eso parecía: un muñeco de resorté, el fantoche de un ventrílocuo— no le importaban ni el varilarguero caído ni la pobre bestia herida, e iba sólo a darle un lance al toro, no para salvar a nadie, sino como de mala gana, a cumplir a regañadientes una obligación. Se llegaba sin prisa, muy recogido el capote, con un andar torpe, vacilantes las piernas endebles —¡las piernas de trapo de Reverte!— y muy pegado a la valla, como si tuviera vergüenza de salir al tercio, como si no quisiera que le viesen, y así púsose en el ca-



Citando de rodillas para dar un pase, en el transcurso de una faena en Valencia

mino del toro, y le ofreció el trapo, sin encorvarse, pero sin erguirse; tieso, metido dentro de sí, la cabeza entre los hombros y el mentón en el pecho, extendió los brazos hacia el toro y los bajó muy lentamente y se lo trajo al cuerpo, hasta embrazarse, como en un raro suicidio, y lentamente, como una lentitud angustiosa, pasó el toro una vez, y volvió a pasar, rozando el bajo vientre de aquel loco rígido que no se movía, y se diría que no podía moverse por incapacidad física, y que de repente juntaba las manos y remataba la media verónica echándose el capote atrás, y con el capote el toro, como si se liara trapo y fier a la cintura, y al terminar de hacerlo por el lado izquierdo, volvía la cabeza hacia el otro lado, para mirar con desdeñosa indiferencia el hachazo del bruto que hacia sonoro el aire en torno suyo. Con ser tan larga la oración con que me he esforzado en describir lo indescriptible, todavía fué más larga la angustia interminable de aquel momento. Yo no pude aplaudir. Oí que la Plaza entera vibraba por la ovación estruendosa; pero yo no pude hacerlo. No creía lo que acababa de ver.

(Sigue en el próximo número)



Rafael el Gallo abrazando a su hermano la tarde de la despedida de aquél en Valencia

EN su segunda corrida no pudo matar ningún toro porque su primero lo lastimó en el primer tercio, y aunque el bravo trianero salió de la enfermería cuando soltaban a su segundo enemigo, éste le volvió a mandar al hule en una de sus series que se hicieron famosas, de verónicas sin enmendarse, y Posadas mató los seis novillos. Joselito no tenía rival posible, y esto no lo creyeron tan sólo los críticos, sino dos toreros que eran la pareja más famosa y más aplaudida de la época: Ricardo Torres, Bombita, que se retiró de la profesión el 19 de octubre de 1913, y Rafael González, Machaquito, que a los pocos días se cortaba la coleta casi en secreto, en la habitación de un hotel, cuando lo esperaba para llevarse a Lima la Empresa de la Plaza de Toros de aquella ciudad. Belmonte no intervino para nada en las decisiones de Bombita y Machaquito. Bombita tuvo en su despedida una tarde espléndida, y salió de la Plaza en hombros de la Junta directiva de la Asociación de Toreros; pero el nombre de Joselito salió por los ciclos, voceado por todos los clarines de la fama: Joselito maravilla, José el sabio. Belmonte había tomado la alternativa sin pena ni gloria el 16 de octubre de aquel mismo año; pero al año siguiente, 1914, salió de la sombra y se enfrentó con José, y empezó entonces una competencia inolvidable y una nueva era en la historia del arte de torear.

CAPITULO VIII

Y llega el momento, para estos apuntes de biografía, en que lo biográfico, con sus pormenores de episodios concretos con lugar y fecha, haya de olvidarse adrede para dejar escrita una impresión, a la vez sintética y total,



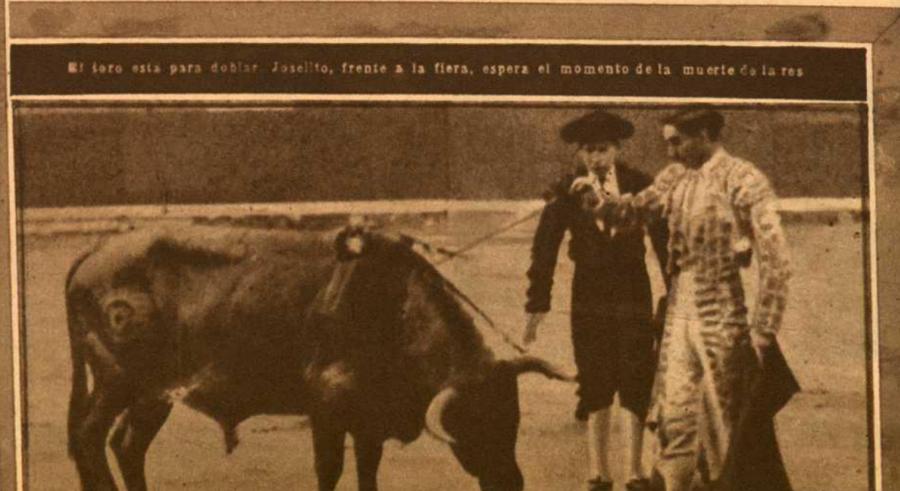
Frente a un toro el queño y bien puesto de cabeza. Gallito arregla la muleta



Sólo falta que Joselito acierte el descabello, para que el toro muera, después de la estocada ligeramente defectuosa



Una foto de Joselito hecha en el despacho de su casa, en Sevilla



El toro está para doblar. Joselito, frente a la fiera, espera el momento de la muerte de la res

EL PLANETA DE LOS TOROS

EL NIÑO DEL MUSEO

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



No es la primera vez que escribo de El Niño del Museo. Espero que no será la última. Y lo espero porque confío mucho en Juan Pardo, en este hombrecito rubio que pasea su optimismo y su fe en sí mismo por esas calles madrileñas cargado con frascos de perfume, cajas de jabón y otros artículos del ramo de la cosmética. Porque Juan Pardo, a más de electricista, es vendedor ambulante. Pero estos son los oficios a que tiene que agarrarse para ir ganando el sustento. Si Juan Pardo no fuera más que esto, para nada interesaría escribir sobre su personalidad. Afortunadamente, Juan Pardo es algo más. Juan Pardo es El Niño del Museo, apodo con el que lo anuncian los carteles de toros. Juan Pardo es torero. He aquí su verdadera vocación. Vocación es la inspiración con que Dios llama a algún estado. Muy pocos hombres conocen a tiempo cuál es su verdadera vocación. De aquí el fracaso de tantos. Se confunde mucho la vocación con la afición, que es la inclinación de alguna cosa. A los toros, a torear, la mayoría de los que se lanzan a la en otro tiempo peligrosa profesión, se inclinan a ella por afición, no por vocación. Y naufragan, se pierden, se hunden, porque carecen del aliento imprescindible para triunfar, porque les alucina la afición, porque no ha prendido en ellos la vocación. El Niño del Museo no es de estos. El Niño del Museo es un inspirado. Y, sin embargo, El Niño del Museo

es un torero cómico. El no se irrita por esta calificación injusta. El dice: —Ahora la gente se ríe con mi toreo. Ya lo comprenderán, porque precisamente lo que yo quiero es hacer el toreo mucho más trágico de lo que es ahora, a emocionar a los públicos, a traerme el toro hasta la tripa, y de allí sacármelo con un lance; mire usted, así...

Y El Niño del Museo, en plena calle, en una tasca, o donde se encuentre, ejecuta su lance trágico. Los tontos, entonces, se ríen. Permitidme la vanidad de no incluirme entre los tontos. Tengo por El Niño del Museo todo mi respeto y toda mi admiración. No me pierdo fiesta en la que actúe. Y, he de confesarlo, paso ratos deliciosísimos. Me parece sencillamente genial. Allí, sí, en la Plaza, río con todas mis fuerzas, cosa que no me ha sucedido jamás con los toreros llamados cómicos; al contrario, siempre me ha parecido este espectáculo deplorable y deprimente. Pero El Niño del Museo no es un torero cómico. El se cree Lagartijo. El torea completamente en serio, con la fe de un iluminado. El no tiene la culpa de que su toreo haga reír. Y en esto radica su genio. Por esto no me explico cómo este hombre ya no es millonario. No de otro modo ha conseguido, conscientemente, Charlot su gloria y su fortuna. Haciendo reír con la naturalidad, con la tragedia grotesca de un hombre que hace las cosas en serio y le salen descoyuntadas y piruetas, pese a sus deseos e intenciones.

El Niño del Museo no se desanima nunca. El abre su capote o despliega su muleta; el becerro le arrolla o no; eso ya depende del becerro. Si le arrolla, se pega al suelo, se lleva las manos a la cabeza, y allí, sin moverse, permanece hasta que el becerro se aleja. Entonces se levanta; no importa que la sangre le corra por la cara, como ocurrió en su última actuación en Madrid, o que los huesos y la carne le duelan de los pisotones y derrotes que le proporcionó el becerro; él se levanta, agarra capote o muleta y otra vez a la cara del animal, a desafiarle, a porfiarle la embestida con el cuerpo, con el corazón, con sus ojos que se clavan en los del bicho, sin nubes de temor. Una vez veces los lances le salen perfectos, la otra noche dió dos muletazos magníficos, otras se embarrulla y la cosa resulta grotesca; pero él no pierde en ningún momento la calma, la serenidad, la fe en sí mismo, la convicción de que un día o una noche, lo mismo da, cuajará una faena asombrosa. Y esto le salva del ridículo y esto le eleva a lo genial, por lo menos para mí.

En los pases mirando al tendido, El Niño del Museo alcanza la perfección. Estos pases que propinados a un becerro, un poco mayor de los que lidia y mata El Niño del Museo, tan tristes

nos parecen, tan vejatorios de la seriedad que siempre han tenido las corridas de toros, tan alejados de lo que el toro es, administrados por El Niño del Museo resultan admirables y sorprendentes, porque están a tono con el contraste de donde nace la risa. Nos hacen reír, porque el desprecio que supone el no mirar al becerro para torearle está justificado y el rostro rubicundo y expresivo de El Niño del Museo adquiere matices y muecas de eso, de un cómico genial, de un Charlot taurino. Y conste que esto no lo digo en desprestigio de Juan Pardo, sino en su elogio y loa. Como en su elogio y loa quiero que sean todas estas palabras que con efusión admirativa le he dedicado a lo largo de esta crónicas. Y el que no la entienda, peor para él.

BALSAMO HAZUL
 Unguento antiséptico
 para accidentes y
 enfermedades de la
 Piel

QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS

(Autorizado por la Censura Sanitaria)

SANGRE Y ARENA

LORENZO GARZA EN LA CLINICA



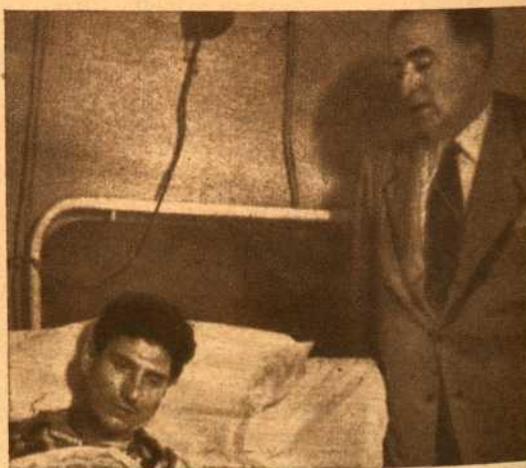
Lorenzo Garza en la clínica del doctor Olivé, donde cura de la grave cogida que sufrió en Barcelona



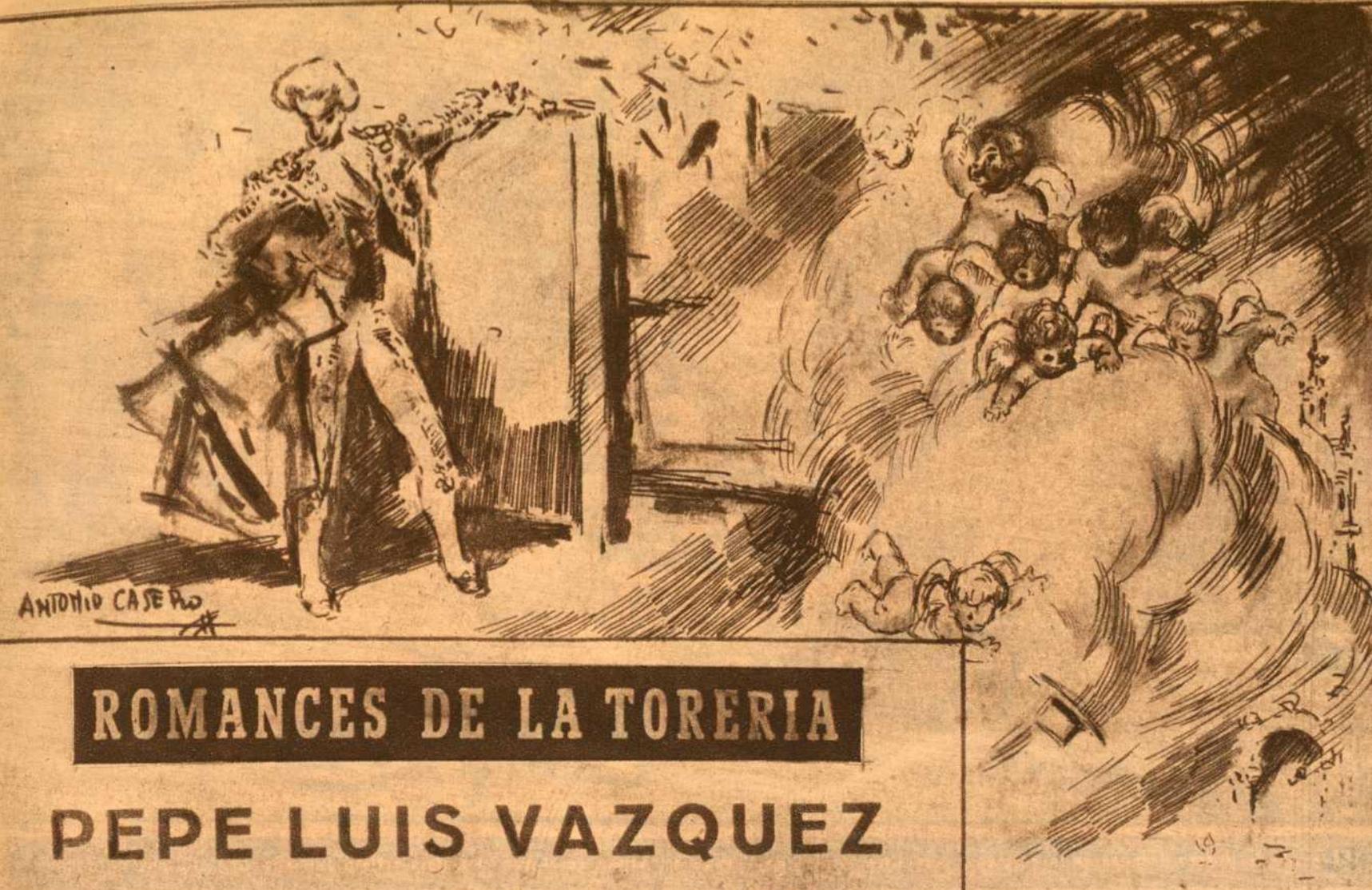
Lorenzo Garza acompañado de su señora y de su apoderado, don Carlos Gómez de Velasco

Publicamos tres fotografías de Lorenzo Garza en la clínica del doctor Olivé, en Barcelona, donde el diestro mejicano cura de la grave cogida que sufrió en la Monumental de la Ciudad Condal. Hasta hace dos días el estado de Garza era inquietante, por lo que tuvo que ser sometido a dos intervenciones quirúrgicas, en vista de que la fiebre no desaparecía. Pero afortunadamente las últimas noticias que tenemos son favorables al estado del buen torero azteca, el cual se encuentra muy animado y completamente fuera de peligro.

Nosotros hacemos votos por una total y pronta curación de Lorenzo Garza, para que en breve podamos admirarle en los ruedos españoles.



El diestro mejicano, con su apoderado, don Carlos Gómez de Velasco, en la clínica de Barcelona (Fotos Valls)



ANTONIO CASERO

ROMANCES DE LA TORERIA

PEPE LUIS VAZQUEZ

Por RAFAEL DUYOS

Para Alfredo Marquerie

El entorna así los ojos
y está un segundo muy quieto,
en una mano el capote,
la otra en el burladero
y la vista en los toriles,
donde asoma el toro negro...
El entorna así los ojos
y dice: "¡Déjalo, déjalo,
que el toro ya vendrá solo!"
y el toro, que aun está lejos,
escucha esa voz y la
quiere prender en los cuernos.
El sol de la Maestranza
para su carro de fuego,
porque la luz se esté quieta
sobre el alamar torero.
Pepe Luis —celestes y plata—,
inmóvil, niño, flamenco,
lo está mirando, mirando,
sin perder un movimiento,
y el toro lo busca, busca,
y él, esperando en el tercio,
le abre el abanico grana
de su capote pequeño.
Todo el calor de la tarde
se deshace en blando estiro.
Torear así parece
muy fácil... Es como un juego.
Pero, no. Es lo más difícil,
porque es torear sabiendo...
Tener en el corazón
el justo presentimiento
de lo que va a hacer el toro
cuando el toro aun está quieto.
Es adivinar, sentir
la voz del toro por dentro
y saltarse a la garrocha
los taurinos evangelios,
sin que tengan que enseñárselos,
porque ya nació sabiéndolos.
El entorna así los ojos
y dice: "¡Déjalo, déjalo!"

Y el toro va donde él quiere,
y es tan ágil el torero
y tan sabio y tan gracioso,
y tan rubio y tan pequeño,
y tan hombre y tan barbián,
y tan valiente y tan diestro,
que la cuadrilla obedece
sus imperceptibles gestos
—banderilleros de seda
y picadores de hierro—,
y todo parece como
una danza de aire viejo
bajo una batuta de oro
entre palmas y requiebros.
La verónica, de olor;
el molinete, de fuego;
la chicuelina, de nardo;
la gaonera, de incienso...

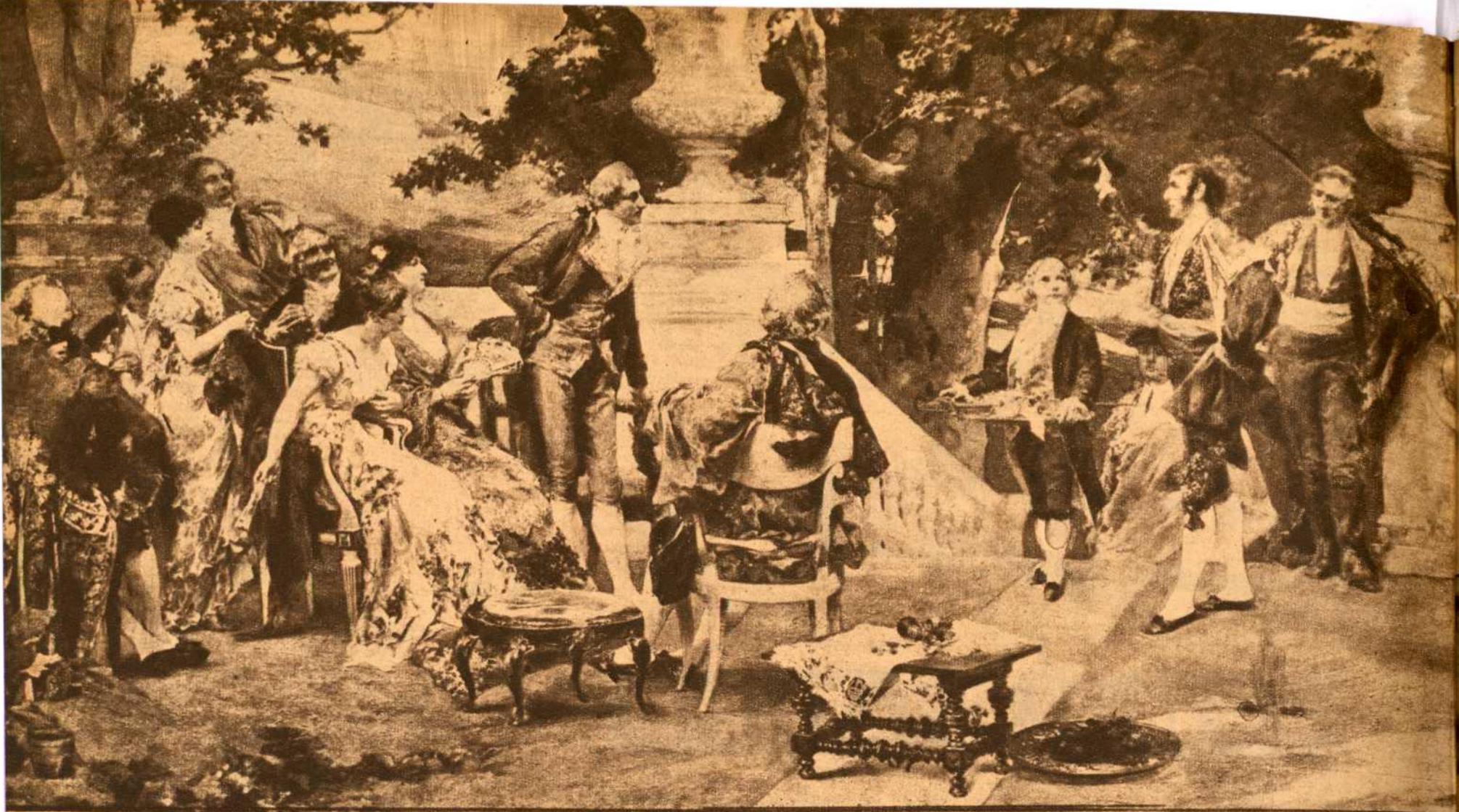
—Pepe Luis, Pepe Luis Vázquez,
anda, dime tu secreto...

—Si he "nasio" en San Bernardo
¿Es que no basta con eso?

El entorna así los ojos
—la espalda en el burladero,
el corazón en las manos,
la mirada en los chiqueros—
y dice al peón de turno:
"¡Déjalo, Maera, déjalo,
que el toro ya vendrá solo..."
Y el toro sale corriendo,
olfateando, mirando,
ciego de sol y recelo,
con nostalgia de olivar
caliente y de río fresco...
Pepe Luis le llama: "¡Toro!"
y el toro clava los cuernos
en el aire de la tarde,
y se funden sobre el ruedo,
en un milagro de gracia,
capote, toro y torero...

¡Los ángeles hacen palmas
desde los palcos del cielo!





«El regalo del torero después de la corrida», magnífico cuadro de Casado del Alisal, en el que el artista reflejó una atractiva estampa de la época

EL ARTE Y LOS TOROS

Ante un gran cuadro con toreros, de CASADO DEL ALISAL

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

CUANDO don José Casado del Alisal terminó de pintar su magnífico y bellissimo cuadro "El regalo del torero después de la corrida" o "El regalo de la moña", que con ambos títulos se distingue, el prestigio y la fama del insigne artista estaba ya cimentada. Corre el año 1884, cuando los asiduos concurrentes a la Exposición Nacional de Bellas Artes venen sorprendidos con un trabajo del maestro que destaca por la finura y elegancia del tema, por la excelente composición y por la extraordinaria y sugestiva belleza del conjunto. Porque acostumbrados a encontrar las escenas de toreros, caballos, el marco de un casticismo y popularidad y afin con el espectáculo, asombró no poco a los visitantes toreros, con el viejo picador de acompañante, en el ambiente mundano y aristocrático de un jardín rococó, con damas muy de salón del XVIII y caballeros ceremoniosos de rica casaca, gorgorilla de fino encaje y blanca peluca empolvada. En el cuadro, que tiene toda la elegancia y armonía de un tapiz, las figuras parecen que aguardan el momento en que, al son de un clavicordio, han de bailar un lucido minué. Con un fondo de estatuas, jardines, árboles corpulentos por los años y decorativos jarrones, damas y caballeros, nos dan la sensación que toman vida y que se mueven. Tal es la bella naturalidad de la escena y tan grande el poder de sugestión que se ha puesto en ellos.

Un año después de pintar y exhibir este cuadro, su autor ingresa como académico de número en la Real de Bellas Artes de San Fernando, y al siguiente, 1886 —el calendario marca el día 8 de octubre—, Casado del Alisal muere en Madrid conseguidos todos los honores que a un artista en vida pueden tributarse. Había traído poco ha de Roma, el ansia artísticamente con-

cepcionista. Ha recreado una y mil veces su vista con el gran edificio del Capitolio, del mercado de Trajano, de la "Loggia" de los Caballeros de Rodas y la torre de las Milicias, el templo de Vesta o la fuente de la "Barcaccia", de Bernini, en la plaza de España, el Obelisco de la de "San Giovanni", el castillo de Sant'Angelo o la iglesia de la "Trinitá del Monti", o, más aún, ha pasado horas y horas ante "El sacrificio de Noé", de Miguel Angel, en la capilla Sixtina; como hubo en Milán de extasiarse ante "La Sagrada Familia", de Bernardino Luini, "Los esposales de la Virgen", de Rafael, o el retrato de Beatriz d'Este o "La última cena", del gran Leonardo de Vinci. Mas nada ha deslumbrado tanto sus pupilas inquietas de viajero y de artista que la Venecia de los grandes Dux, la Venecia melancólica y soñadora de los inmortales idilios de Shakespeare. Allí el Tiziano y Veronés, Tintoretto y Giorgione, le seducen y enamoran, y cuando ya, ahito de la plástica expresión del más puro arte, pasea por las cercanías del Gran Canal, con fondos de canciones napolitanas de los típicos gondoleros y arrullos de palomas en los frontis y tejados de los viejos e históricos palacios, junto al puente de Rialto o el hermético de los Suspiros, Casado del Alisal ha de regresar a su querida Patria Mexicana, la España también cuna del arte y de la civilización cristiana, trayendo en sus recuerdos y en sus sueños creadores, toda una visión magnífica y esplendente de la Italia antigua y del Renacimiento. Ha cruzado Europa, y cuando sienta sus andanzas en París, Francia le brinda una nueva vida, un nuevo ambiente, al que sabe adaptarse, rechazando los "snobismos" aventajados, que ya empezaban a iniciarse en la Francia artística de la segunda mitad del siglo XIX.

Casado del Alisal, ha recogido en su produc-

ción la belleza y elegancia pictórica de Vicente López y Federico de Madrazo, sus maestros, y cuando en 1855, en su primer viaje como pensionado a Roma, envía a España su cuadro "Últimos momentos de Fernando IV, el Emplazado", ya se vislumbra y adivinan sus famosos lienzos "La rendición de Bailén", que hubo de realizar en París, el célebre de "La campana de Huesca" o "La leyenda del rey monge", que hubo de pintar en Roma, o "Santiago en la batalla de Clavijo", que hoy decoran uno de los altares de San Francisco el Grande.

Había nacido don José Casado del Alisal en Villada (Palencia), el año 1832, y prendido en los encantos de una pintura clasicista e histórica, en toda su obra alienta un ansia de superación. En toda ella se descubre la fuente inspiradora del artista. No olvidemos que cuando muy joven parte para Italia, hay como una catarata de luces, armonías cromáticas y emociones en sus pupilas y en su espíritu. Con este bagaje artístico y estas ensimias, la obra del pintor que nos ocupa respondió por entero a la manera de crear y concebir de los grandes maestros. "El regalo del torero después de la corrida" es buena prueba de ello. Todas las figuras, incluso la de los toreros, se han aristocratizado. Allí, en el cuadro, el diestro que interrumpe la reunión mundana, con la ofrenda, a cierta dama, de la moña que adornaba con cintas de colores, la piel ensangrentada de la res vencida y castigada. La expectante curiosidad de los reunidos, la graciosa simpatía del picador, el serio semblante de los toreros y el picador, la belleza del ambiente y fondo todos nos hacen mirar una y varias veces, con verdadera complacencia y admiración, este cuadro que hoy decoran con elegante prestantia nuestras páginas semanales de EL RUFEDO.

AGUSTIN DE FOXÁ

se aprendió de memoria el folleto "Joselito: su vida, su arte y su muerte"

Cree que la fiesta se internacionaliza, y que con el tiempo habrá corridas en el sur de Norteamérica

AGUSTIN de Foxá, escritor, viajero y diplomático. Así podría él mandar imprimir sus tarjetas, si no fuera porque posiblemente prefiera que se diga de él: Agustín de Foxá, poeta.

¡Y qué arrolladoramente bella es la poesía limpia que Agustín de Foxá escribe, sin someterse a los retorcimientos cerebrales de otros vates de la hora en la que la impotencia creadora, la inspiración seca, es sustituida por químicas combinaciones de laboratorio. Los versos de Agustín de Foxá van directamente del corazón a las cuartillas. Por eso es un gran poeta, y por eso la fama se le ha rendido en lo mejor de su juventud. Aun en el diálogo amistoso no

puede ocultar su condición poética, y en el tema más vulgar encuentra siempre la frase feliz, que luce de pronto como una bengala; la bella imagen que es como una flor dejada caer alegremente en el camino de la conversación. Hoy, Agustín de Foxá va a hacernos el regalo de hablarnos de la fiesta de toros. No nos perdamos ni una sola sílaba.

UN NIÑO EN EL BALCON

—La primera estampa taurina que yo vi fué de niño, desde un balcón de la plaza de la Independencia, adonde estaban asomados mis años de niño. Era después de la corrida del día de la retirada de Bombita. Pasó la jardinera de éste, y detrás, un carro lleno de los caballos muertos en la Plaza. Era un espectáculo de fuerte contraste; como para no olvidarlo jamás...

EL FOLLETO DE LA MUERTE DE JOSELITO

—Pero, ¿cuándo empezó usted a ir a los toros?
—No he sido un aficionado precoz. A mi padre no le llamó nunca gran atención la fiesta. Hasta los catorce años no presencié mi primera corrida, a la que fui porque me llevó un tío mío. El cartel estaba compuesto por Malla, Celita, Algabernillo y Nacional. Lo que más me impresionó fué el ver por primera vez la muchedumbre. A mi hermano Felipe le pasó lo mismo, y le preguntó a mi tío: «¿Cuánta gente habrá? ¿Un millón?...» Más tarde había de causarme también una impresión enorme la noticia de la muerte de Joselito. Yo estimo que significó un capítulo definitivo en la Historia de España por la fabulosa conmoción popular que promovió. «El Caballero Audaz» y Campúa publicaron un folleto: «Joselito. Su vida, su arte y su muerte», que tuvo un éxito inmenso. Pues bien: lo mismo yo que mis hermanos nos lo aprendimos de memoria, durante el viaje de Madrid a Soria, adonde íbamos a veranear. Otra cosa. Durante uno de mis viajes estaba yo en Estocolmo hablando con un sueco que

estaba interesado en el transporte de la naranja. Este hombre me dijo que había estado veinte días en España, y, naturalmente, le hice la pregunta de rigor: «¿Vió torear?» Me dijo que sí; que había presenciado una sola corrida en un pueblo no muy lejos de Madrid. Añadió que aquel día había matado a un gran torero. El pueblo era Talavera de la Reina. Aquel sueco había visto, en la única corrida a que fué en toda su existencia, la muerte de Joselito. ¿No es tremendamente curioso?

—¡Ya lo creo!

—He tenido la suerte de no haber sido espectador de ninguna cogida mortal, y sí, en cambio, de aquella memorable tarde triunfal de Chicuelo en Madrid: la de los veintitantos naturales. Yo estaba entonces haciendo el servicio militar, y a mi regreso al cuartel alegré la guardia contando aquella farsa maravillosa...

DOS NOVELAS DE TOROS

Yo quiero que me hable ahora de la influencia de su afición taurina en su obra literaria; pero no llegamos directamente al tema, porque al iniciarlo la conversación se desvía naturalmente.

—En libros, hay dos novelas muy importantes de toros. Una es «Sangre y arena»; pero a mí me gusta más, mucho más, «Currito de la Cruz», de Alejandro Pérez Lugín. La primera está vista con ojos de extranjero y hecha para fuera y con odio por la fiesta. «Currito de la Cruz» está vista con ojos españoles y hecha con amor y optimismo. Esta novela nos agradaba tanto a los hermanos, que la leímos muchas veces y llegamos a hacernos preguntas sobre ella, sobre sus hechos y sus capítulos, como en un examen.

Cuando yo estaba en Finlandia, trajeron treinta muchachos españoles, de aquellos niños que durante nuestra guerra se llevaron a Rusia. Trabajaban en una granja, cerca de Helsinki, propiedad del barón Munk. Les envié a aquellos chicos «Currito de la Cruz», y a los pocos días el barón me pedía que los trasladaran a un campo de concentración, porque hacían todo lo que hacía Currito: ordeñaban las vacas, pinchaban los huevos para tomarse las venas, y hasta llegaron a torear, a fuerza de acorralarlo, a un pacífico toro finlandés. ¡Ya ve usted si fué fuerte en aquellos jóvenes la influencia de la novela de Pérez Lugín!

LOS TOROS Y EL VALOR

—Y usted, ¿ha toreado?

—Sí, bastante: en tientas del campo de Salamanca y por cerca de Madrid, en Aldovea; pero ahora ya no me atrevo, porque estoy gordo. Mi característica era la valentía más que el arte. No sé por qué, los toros no me inspiran el respeto que debían causarme; ese respeto que me causa, por ejemplo, el agua, hasta el punto de que me horroriza la idea de embarcarme en una lancha.

—¿Qué torero de todos los tiempos es para usted el mejor?

—Manolete. Y también creo que en lo que hace, el tamaño del toro es lo de menos, y lo haría igual con el toro más grande.

HACIA UNA INTERNACIONALIZACION

—¿Qué peligro amenaza a la fiesta?

—El peligro de hacerse amable. Ahora van a los toros las mujeres que antes iban a las carreras, torear señoritas, y a la salida de la Plaza hay mu-



chos coches del Cuerpo Diplomático. El espectáculo lleva camino de internacionalizarse. Hay toreros mejicanos, peruanos, uno yanqui... En la frontera mejicana se construyen Plazas para que vayan los norteamericanos. Sidney Franklin

me contaba que antes de la guerra se hacían simulacros de corridas en los Estados Unidos, sin matar el toro, y que en muchos sitios se pagaba sólo por ver hacer el paseillo, con picadores y los toreros que no torearán vestidos con sus trajes de luces. Hay allí una afición naciente, y es posible que con el tiempo en el sur de los Estados Unidos haya corridas de verdad, porque se ha operado un cambio en la psicología cuando han visto los toros. El norteamericano había creído, lo cree aún en muchos sitios, que el toro es un animal tranquilo e inofensivo y que embestía a fuerza de hostigarle. Pero al comprobar que atacaba sin motivo, al descubrir su fiera, vieron que se trataba de una lucha mucho más deportiva de lo que habían creído, y desde entonces empezaron a admitirlo.

SE NECESITA UN TITULO

—Nos hemos alejado de lo que iba usted a hablar antes de la influencia de su afición en su obra.

—Una influencia enorme. Yo estoy convencido de que si desapareciera el toro, nuestro folklore perdería en un gran tanto por ciento, lo mismo en coplas populares, que en pintura, dibujo, escultura, poesía, música, baile, incluso el flamenco, que no es otra cosa que el toreo sin la muerte. He escrito el poema «El toro en la agonía» y la «Oda a Manolete», que leí en el homenaje que le dedicamos los escritores. Ahora estoy entregado de lleno a una novela de toros, para la que aun no he encontrado un título a mi entera satisfacción. No quiero hacer una novela técnica, ni tampoco costumbrista, sino de pura estética, como si viese un vaso de Creta con los primeros toreros.

EN EL EXTRANJERO Y... SIN TOROS!

—¿Cambiaría usted la gloria del poeta por la gloria del torero?

—No. Yo..., no. He toreado por afición; pero ni por broma pensé nunca en la profesionalidad, aunque sí envidio a estos matadores que pueden alcanzar el dinero y la fama a los veinticinco años. Claro que también se han de retirar a los treinta, que es cuando empieza el literato.

—Y ahora, para terminar...

—Para terminar, diga usted que por mi apasionamiento por la fiesta es lo que más echo de menos cuando estoy en el Extranjero. ¡Aquellos domingos de Roma, con luz de corrida de Beneficencia, sobre las piedras del Coliseo, que era como una Plaza eternamente cerrada!

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

CARTEL DE VITORIA Toros de Emilio Pérez Tabernero para Manolete, Arruza y Pepín Martín Vázquez



Manolete, que reaparece, torrea de muleta con la derecha, con su peculiar estilo



Un magnífico natural de Manuel Rodríguez a su segundo toro, al que cortó las dos orejas



derechazo por bajo de Pepín, que en esta tercera de feria tuvo una actuación discreta



Pepín Martín Vázquez, en un ceñido muletazo al toro que cerró plaza y en el que estuvo discreto



Un buen pase de Arruza aguantando lo increíble. En este toro el mejicano logró un gran triunfo, por el que le fueron concedidas las orejas

JUICIO CRÍTICO

El lunes se celebró en Vitoria la tercera corrida de feria, en que reaparecía Manolete. En la Plaza, un entradón, a pesar de que llueve abundantemente, y no deja de hacerle hasta el cuarto toro.

Don Antonio Pérez Tabernero ha enviado una corrida mansa y difícil. Cinco de los seis toros han sido silbados en el atronante, y a Carlos Arruza le han ovacionado en el tendido, desde el cual le oyeron protestar de la clase de ser divisa:

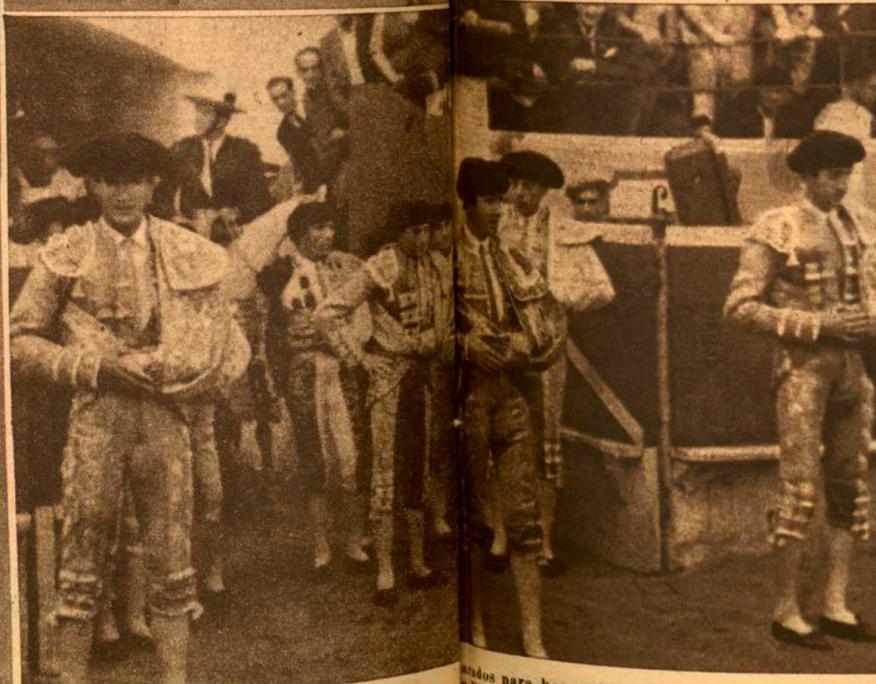
—Ya es mucho cuento el lidiar todos los días estos animales. Manolete ha salido a torrear por compromiso. Y por compromiso empezó a torrear a su primero. Pero el amor propio salió en seguida, y al llegar la muleta la cogió con la izquierda, con el brazo semimóvil, dando cuatro novetes. El toro le enganchó y le tira al alto, causando gran emoción. Se levanta y torrea con la derecha, siendo otra vez atropellado. Luego hace una faena por la cara, y mata de un pinchazo y un estocón.

En el otro toro hace un gran quite y, con la muleta, una gran faena. Faena con la izquierda, con redondeos supeditados, manoleteados y molinetes. Toca la música, entra superior a matar, y mata un gran estocón, hasta el puño. (Ovación y las dos orejas.)

Arruza, en el primero, estuvo sencillamente vulgar. Era un bayo al que, justamente, cogió asco. Y si con el capote y la muleta no hizo nada, con el estoque estuvo poco atropellado.

En cambio, en el otro toro, manso como todos sus compañeros, Arruza se destapó. Clavó tres pares de banderillas, tras un gallo vistoso, que electrizaron al público. Con la muleta, algo genial. Paseo inverosímil, metido en el terreno del toro. Molinetes con las dos rodillas en tierra, y aunque con el pincho entró tres o cuatro veces, por unánime petición de público cortó los dos oídos y el rabo.

Pepín Martín Vázquez estuvo bellísimo con el capote. En su primero hizo una faena efectista, y cuando intenta un picadero, cae en la cara del toro y se atropellado. En el otro toro estuvo muy discreto.—ANTIGÜEDAD.



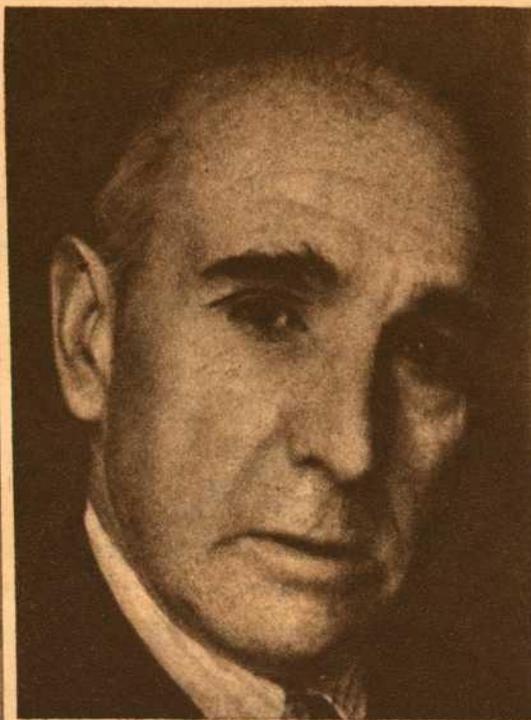
Los tres matadores, al frente de sus cuadrillas, en la tercera corrida de Vitoria



Un pase por airo con la derecha, de Manolete. El diestro cordobés fué cogido dos veces y se resintió de su último percance

EL TRAJE DE LUCES

Por SETENTA Y CINCO pesetas hasta trescientas se puede alquilar un equipo completo de torero



Don Angel Linares, figura popularísima en el «mundo» de los toros

CON esta muleta toreó Joselito muchas corridas. Esta taleguilla perteneció a Gaona. Vea usted, ese capote de paseo que muchas tardes lució sobre los hombros de Ortega y Manolete...

El que me está hablando no es otro que Angel Linares, figura popularísima entre la gente de castañeta y el decano en su profesión de sastrer de toreros, compatible con esta otra de alquilador de ropa y útiles de torear.

Este hombre cillo, pequeño, vigoroso y nervudo, lleva no menos de cuarenta años dedicado a estos negocios, y, durante ellos, ha conocido y tratado a casi todas las figuras y figurillas de la torería de España y América.

Mal día elegí para entretener a mi entrevistado. Vísperas de fiesta y en esto eran poderosos motivos para que Linares no tuviera un momento de respiro liando pedidos, enfundando espadas, separando lotes de banderillas, al tiempo que anotaba en un voluminoso libro de cuentas el importe de los servicios, sin dejar por ello de bromear con los clientes de buena pasta y soliviantarse fieramente con algún otro que pretendía abonarle justamente la mitad de lo estipulado.

—¿Es lucrativo el negocio de alquilar prendas de torear?—Le dije, aprovechando un ligero respiro.

—Llevándolo con seriedad, sí, señor. Esto es, teniendo siempre buena ropa a disposición de los clientes. ¡Se acabaron los tiempos de aquí los toreros que salían a torear vestidos con guñapos y disfraces! Ahora, hasta el más modesto principiante le gusta salir a la Plaza decentemente equipado.

—¿De qué se compone el equipo de alquiler de un matador?—
—Vaya usted anotando: montera, capote de paseo, dos de brega; muleta, juego de espadas y el consabido terno: chaquetilla, chaleco y taleguilla.

—Todo eso ¿costará lo suyo?—
—Cada uno gasta con arreglo a sus posibilidades. Desde el «marchoso», que quiere sacar un traje de estreno, o que por su estado lo parzca, y esto le viene a costar sus trescientas pesetas, hasta los quince duros por un equipo modesto, pero muy apañadito, ponga usted la escala más amplia y acomodaticia. Los banderilleros van bien servidos si se estiran hasta las cincuenta pesetas.

—Por su discusión con aquel mocito que acaba de marcharse, veo que también este oficio tiene sus quebras.

—Con ser muy lamentable el que a la hora de pagar pretendan algunos —muy pocos, por fortuna— rebajas en el precio convenido, son de peores consecuencias para los cinco o seis que en Madrid nos dedicamos al alquiler el lastimoso estado que a veces presentan las prendas al volver al almacén. A muchas tenemos que introducirle tales reformas que casi nos cuestan tanto como volverlas a hacer de nuevo.

—Así es, que los peores pagadores no pasan de ser aquellos que lo hacen mal y tarde...

—Hoy día, el torero no sólo ha evolucionado a mejor en su forma de torear, sino también en su forma de ser. En otra época, algunos, además de no pagarme, me empeñaban los trajes... Eso sí, eran lo suficiente atentos para no dejar nunca de enviarme la papeleta de empeño...

—Por lo que me dijo al principio, también usted ha alquilado ropa a toreros que,

MANOLETE se presentó en la plaza de Tetuán con un terno perla y oro, que importó su alquiler treinta duros

Y menos dinero le costó á DOMINGO ORTEGA el vestido corinto y oro con que actuó por vez primera en la misma Plaza



Ahora, al modesto novillero le gusta salir a la Plaza con un buen traje de luces

andando el tiempo han sido famosos, poderosos y ricos.

—La mayoría de los toreros famosos empezaron su carrera taurina en pueblos de ínfima categoría. Le podría contar cosas muy graciosas ocurridas en este mismo probador, que omito para que no me tachen de indiscreto. Algunos tuve que enseñarles a vestirse. Otros, se empeñaban en colocarse las monteras en forma de pico o sobre el occipucio. Cosas de la inexperiencia.

—¿Quiere darme los nombres de algunos que fueron clientes suyos?

Entre otros, recuerdo a Dominguín, padre de los actuales, Saleri II, Fortuna, Félix Rodríguez, Carnicerito de Méjico, los Armillita, Luciano Contreras... A Manolete le alquilé, para su debut en la Plaza de Tetuán, un terno nuevo perla y oro, por el que percibí treinta duros. De corinto y oro era el traje con que Domingo Ortega se presentó en la misma Plaza y también procedía de esta casa. A éste le cobré cien pesetas.

—¿Cuántos trajes de toreros tiene usted?

—He llegado a tener ciento cuarenta. Hay épocas—agosto y septiembre—en que todo se agota. A este respecto recuerdo un suceso que se lo contaré tan pronto despache a este cliente.

El parroquiano—un mocito garboso y pinturero—, obsesionado por lo visto en imitar al «monstruo», dice haber recorrido en vano todas las casas de alquiler sin hallar lo que pretende: una espada de madera.

Linares sonríe con aire de triunfo, y del fondo de una estantería extrae el objeto pedido. El aspirante a figura de la torería se marcha feliz al encontrar lo que buscaba, mascullando unas palabras de gratitud al ver que nada le cobran.

—Volvamos a la anécdota prometida, que hará de estocada final de esta charla, amigo Linares.

—Pues, allá va. Cierto día me quedé limpio de trajes. Digo mal, me quedaba uno y vino un banderillero y pechó con él. Al cabo de un rato le veo aparecer de nuevo con su maestro y dos subalternos más. Estaban desolados, pues en ninguna parte les habían podido alquilar ni un mal chaleco. Decididos ellos a salir vestidos de lo que fuera y desaseoso yo en servirles, hué de proporcionarles prendas sueltas que maldito lo que casaban unas con otras. El matador tuvo que endosarse cuatro chalecos para que la chaquetilla no se le desprendiera de los hombros. Los subalternos salieron muy ufanos con taleguilla de oro y chaquetillas de plata. Marcharon a torear a un pueblo de Aragón y a la vuelta me contaron las peripecias. Tuvieron que conformarse con un solo capote y un tapete encarnado que les prestó el posadero. Para que pudieran torear los cuatro, maestro y banderilleros se turnaban en el manejo del capote y de la improvisada capa.

Como los bichos salieron maneables y los muchachos demostraron voluntad y valentía, a la



Angel Linares, en plena faena de confección de un vestido de torero

hora de pasar el guante obtuvieron una copiosa recaudación. —A pesar de ir vestidos de «arlequines» —dijéronme— ahí van cincuenta pesetas de gratificación, por la suerte que nos han dado los disfraces.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

BRINDO POR USIA

HA requerido del mozo de estoques los avíos de matar, y con ellos en la mano izquierda y la montera en la derecha, seguro el paso y bien compuesta la figura, se ha ido al usía y, por la escala de los tendidos, le ha transmitido su ofrenda —brindo por usía y por toda la compañía—, para después darse una vuelta cara al público en busca de ese amigo con el que se ha contraído compromiso, y que a la hora del brindis se esconde no se sabe dónde, y tarda en aparecer no se sabe cuánto.

Por fin el maestro ha dado con la barrera donde se sienta el dueño, y entonces vuelve a cuadrar la figura, y con la montera, que conserva en la diestra alzada al aire, vuelve a su oración, esta vez más larga, pero quizá menos clara. Sus palabras se pierden en la gran fosa del callejón y son muy pocas las personas a quienes les llega el honor de saborear el discurso del matador en su propia salsa. A lo más que alcanzan los privilegiados por su sitio cercano al suceso es a las versiones apenas desfiguradas que pronto empiezan a circular. Sube y baja por las localidades de boca en boca lo que acaba de decir el espada y a quien se lo ha dicho. Unos dicen que es persona de gran posición —un conocido industrial—, mientras otros aseguran que es un extranjero que por vez primera ha venido a presenciar una corrida de toros. Y le ha dicho, ¡qué sé yo lo que le ha dicho! Hay versiones para todos los gustos, y todas las imaginaciones ponen de su parte el óbolo correspondiente para que el brindis tome las proporciones adecuadas a sus deseos. Y así seguiría en aumento y tomando giros y tonos distintos, de no ser porque el espada, que se ha dirigido al toro después de su discurso, da comienzo a la faena.

Hoy existe una parte de público, crédulo él, que piensa que

el brindis que pudiéramos llamar "especial" —el que va dedicado a un amigo— es señal indudable de una faena de las de oreja y rabo, cuando menos. Nosotros, a este respecto, somos más escépticos y sabemos por experiencia a lo que se llega en la mayoría de los casos. No dudamos de los inmejorables deseos del maestro cuando se dirige, seguro, hacia esa persona de la barrera que nunca pudimos identificar; sin embargo, sabemos que el toro tiene que poner mucho

de su parte para que el espada quede a la altura debida a las circunstancias. Muchos brindis se nos han ido con los pasos de tanto, la estocada volviendo la cara y un rosario de pinchazos y descabellos. Algunos brindis han salido del ruedo entre el cencerro de los cabestros, mientras el matador volvía sobre sus pasos a recoger la montera, o dada en tanto toreaba.

Queda el brindis al "respectable", en el que, salvo las ocasiones de compromiso —presentación del espada—, siempre se aprovecha el toro "bandera" o que piensa el matador que así lo es. Porque también abundan las equivocaciones, y con ello, el fracaso de los propósitos hechos.

Más, ¡qué importan los resultados ante la bella figura del gladiador vestido de oro, montera al aire!

He aquí un hermoso ejemplo gráfico. No tuvimos la suerte de ver moverse en los ruedos la arrogante figura de Antonio Fuentes, mas los fotógrafos se encargaron de que nos llegasen vivas estampas de su toro. Y una de ellas, la que encabeza estas mal hilvanadas líneas, nos parece de él la más singular. Gracia sin jactancia, apostura y sencillez se reúnen en esta estampa de brindis que el gran torero ha legado a la posteridad y que pasará a la posteridad como un alto ejemplo de donaire y gentileza de quien llenó los ruedos taurinos con la magia de su nombre.



HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso
taurino*

¿En qué fecha tomó la alternativa Rafael Guerra GUERRITA?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz 7, Madrid; respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

PREMIOS

UN PREMIO DE 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban anotes claramente su nombre, apellidos y domicilio.

SOLUCION AL CONCURSO ANTERIOR

Chiquito de Begón tomó la alternativa el 8 de septiembre de 1908, y se retiró el 27 de mayo de 1928

HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



Publicidad: HIJOS DE V. PEREZ, Cruz 7, Madrid.

DEL DESVAN DE MIS RECUERDOS

3 anécdotas de MARCIAL LALANDA

Por JOSE SIMON VALDIVIELSO



ESTE episodio pintoresco —y rigurosamente auténtico— parece una fantasía de escritor francés, de esos que cultivan con fruición la españolada. Eran los comienzos penosos de Marcial, que formaba pareja con su primo Pablo.

Llegaron los toreros a Quintanar de la Orden, y para resolver un pequeño conflicto de esos que son, con respecto a los festejos taurinos, como la salsa con respecto a los caracoles, preguntaron:

—¿Dónde está el empresario?

—¿Quién? ¿Don Pedro?

—¡Don Pedro o quien sea! A ver, avisarle y que venga.

—¡Qué! Don Pedro no puede venir ahora; té que ir a misa.

—Puis que vaya a otra misa, más tarde.

—Té que se ésta. ¿No ven ustedes que es la suya?

—¿Le dicen una misa para él solo?

—¡Quita d'ahí! ¿Que han de icirle!

—¡La ice él!

—¡Se quedaron boquiabiertos! Hasta

que les informaron de que don Pedro traía el párroco; había heredado el negocio de la Plaza de Toros y lo llevaba a medias con el farmacéutico Don Pedro, sacerdote bondadosísimo y ejemplar, se acusaba como de un pecado grave —su único pecado, a buen seguro— de su afición a la fiesta taurina, afición de la que no conseguía librarse ni perdiendo dinero en las corridas que organizaba con el boticario!

Ya estaba el público dentro de la Plaza de Toros de Málaga cuando corrió por toda la ciudad la dolorosa noticia de la catástrofe ocurrida en Meillá. La angustia que produjo aquella primera información imprecisa, con su aterradora vaguedad, fué terrible. Se hablaba de millares de muertos, de la pérdida total del territorio... El nivel militar sufrido en Annual había tenido una repercusión gigantesca, y en veinticuatro horas se había "derrumbado" —tal era la palabra empleada, de un grafismo escalofriante y exacto; palabra que quedó luego, y de la que no se puede prescindir al referirse a aquel triste episodio— la Comandancia General de Meillá.

Los toreros, desde el callejón, oían el griterío de la muchedumbre, que corría enloquecida por las calles malagueñas para que su clamor vindicativo llegase a las "altas esferas" gubernamentales, y más que nada, buscando en aquellas manifestaciones válvula por la que dar salida a su propio dolor, incontenible, para cuya magnitud no eran expresión adecuada y suficiente el lamento aislado, ni el sollozo, ni el grito intenso. Sentían los lidadores que el dolor nacional se les clavaba en lo hondo de su entraña; hubieran preferido evitar aquella gran pena española aun a costa de que un toro les partiera el corazón de una cornada. Marcial habló a sus compañeros:

—Nosotros no debemos torear hoy. No es posible que en este día haya fiesta en ningún sitio de España, y aquí, tan cerca de donde ha ocurrido el desastre, menos que en cualquier otra parte. ¿Vamos a pedir a la presidencia que suspenda la corrida?

—Vamos.

Subieron al palco presidencial; pero el público apesentado ya en sus localidades se dió cuenta del propósito, y, víctima de un complejo de insensibilidad y de egoísmo, de crueldad colectiva, organizó una protesta tumultuosa, de caracteres tan amenazadoras, que la autoridad, débil, claudicó, no se atrevió a cumplir lo que en aquellos momentos era evidentemente su deber y se negó al requerimiento de los toreros, ordenando que la corrida se celebrase.

Con el ánimo contristado y entre denuestos y gritos injuriosos de aquellas gentes enloquecidas, bajaron al redondel a cumplir de mal talante lo que, en tales momentos era una obligación penosa. Mientras tanto, la multitud se había ido congregando fuera de la Plaza, justamente irritada por la inconsciencia de quienes eran capaces de estarse divirtiendo mientras España entera lloraba con los siete puñales de la Dolorosa clavados en el corazón.

Tuvieron que suspender la corrida al fin. Y a la salida se produjo una colisión violentísima, que los agentes de la autoridad eran impotentes para dominar y reducir. Y los toreros, que antes tuvieron que bajar a tortar en medio de una lluvia de improperios, almohadillas y botellazos, que los propinaron los de dentro, ahora tuvieron que escapar en medio de una lluvia de imprecaciones, injurias y pedradas, con que los de fuera castigaban en ellos un delito del que eran totalmente inocentes. ¡Perdieron por los dos paños!

El día 7 de septiembre de 1923 iban Marcial y Pablo a Barcelona, donde debían torear al día siguiente. En el mismo tren viajaba el general Primo de Rivera, capitán general de Cataluña a la sazón. Al pasar por el corredor del tren, don Miguel advirtió a los toreros, y con aquella campechanía garbosa que le ganaba el cariño y la admiración de cuantos le trataron, se paró a echar con ellos una parrafada:

—¿Vais a torear a Barcelona?

—Sí, mi general. ¿Irá usted a vernos?

—Seguro.

—Probablemente, tocaremos también el domingo que viene.

—A esa sí que no voy a poder ir, porque el domingo que viene me parece "que toreo yo en Madrid".

Y, en efecto, una semana después, el 13 de septiembre, "toreó" en Madrid, y con un éxito que nunca le hemos agradecido bastante los españoles.

De mis primitivos tiempos de reportero recuerdo la impresión que me produjo la primera y única vez que hablé con Ignacio Sánchez Mejías, uno de los toreros más discutidos de los últimos tiempos. Fue en los primeros días de julio del año 1934. Me había llamado el director del periódico en el que yo trabajaba y me dijo:

—Vea usted a Ignacio, de parte mía, y hágale una entrevista con motivo de su vuelta al toreo.

En efecto, visité al torero y cumplí la orden. Nada importaba que no nos conociéramos. Sánchez Mejías me recibió cordialmente. A mí, como a tantos otros ciudadanos, me embobaba el espejismo de la española tejida en torno al famoso lidiador. Platicamos de cosas triviales. En las pausas se cuajaban largos silencios, y yo, no sabiendo cómo salir del atolladero, pretendí con una lisonja descubrir el verdadero motivo de su retorno a los ruedos. Pero Ignacio, amigo de políticos y aristócratas, hombre muy sagaz, que no en vano había conocido, cubiertos bajo diversas vestiduras, los siete pecados capitales, sabía desconcertar a tiempo y salirse por la tangente. Comprendía que era superior a mi aquel matador de toros, en el que me obstiné en ver únicamente al héroe romántico y no al héroe por fuerza.

Sí. Porque después, cuando me creía irremediabilmente fracasado, él, con la rotunda sinceridad de su carácter benévolo y espontáneo, me llevó al plano de la conversación que yo buscaba, y habló con hidalga y campechana gravedad.

Por aquellos días se hacían las cábalas más disparatadas en los corrillos taurinos sobre su reaparición. Nadie se explicaba su retorno a las Plazas. ¿Nostalgia de fastuosidades y glorias remotas? ¿Quebrantos en su fortuna? ¿Volvía por mera afición?

El mismo, con fingido olvido de sus cuarenta y tantos años y de lo mucho que aprendió en su larga vida de torero intrigante, dió en el quid de la cuestión:

—Mi hijo José Ignacio quiere ser torero, y yo me opongo terminantemente a ello. Ya está bien con un torero en la casa. Sé que mientras yo vista el traje de luces, mi hijo ni siquiera lo intentará. Así ganaré tiempo al tiempo y, entre tanto, mi hijo se puede aficionar a otras cosas. Me asusta, más que la idea de verle frente a los toros, verle enfrentado con el público. ¡Ese sí que es un monstruo terrible! Si alguna vez me ha dado lástima mi condición de torero, es por eso precisamente: por tener que luchar con la vejeidad y la injusticia de los públicos. Figúrese usted el espanto que me produce la posibilidad de llegar a tener lástima del mi propio hijo, si éste se saliera con su manía de hacerse torero. Además, tengo acostumbrados a los míos a los avatares del toreo, y soportarán mejor viéndome otra vez metido en estos ajeteos que al chico. No quiero nuevos sobresaltos para mi pobre mujer. Y si a mi casa tiene que llegar un hombre destrozado, ese he de ser yo, como tantas otras veces, y nunca el hijo de esa mujer que



conoce el sabor de todas las amarguras del toreo...

Por eso, lector, volvimos a encontrar en las Plazas de Toros a Ignacio Sánchez Mejías. Ni las cornadas ni las severidades de los públicos le hicieron renunciar a su propósito. Se presentó tan pundonoroso y con tantos arrestos como cuando, en competencia con Joselito, Belmonte y Gaona, ardía en una llama de juventud y de bravura. Y los aplausos frenéticos del pueblo acogieron en Cádiz, el 15 de julio de 1934, a aquel hombre duro e inquieto de espíritu, ya torpe en su robustez, con la cabeza calva, de abuelo prematuro y venerable, bajo los escalofrios del pasodoble *España cañí*. Era el tributo fervido y espontáneo al símbolo del valor y de la arrogancia fatalista. Ignacio —que había sido escritor— iba a escribir, movida la pluma por esos extraños huéspedes de su espíritu, el epílogo de su vida arrojada y turbulenta de torero, aupándose atanosamente en su romántica decisión.

Tres semanas después, jugando al juego terrible de burlar la furia del toro Granadino, en la Plaza pueblerina de Manzanares, recibió una tremenda cornada. Al dar el segundo pase de muleta, sentado en el estribo de la barrera, el toro lo ensartó por un muslo y lo lanzó al espacio como a un pedile sin la más insignificante compasión. Sánchez Mejías describió en el aire una trágica zapateta y cayó pesadamente a la arena hecho un ovillo, que se desmadejó en una horripilante convulsión.

No podía buscarle la muerte de otra forma a aquel rebelde.

Por eso precisamente, por haber tenido un romántico morir —como El Espartero, como su cuñado Joselito, como Granero—, Sánchez

Mejías es doblemente glorioso y un torero perfecto, como alguien se

atrevió a escribir. Después de muerto, se le concedió lo que se le regateó en vida. Y es que el pueblo, eterno muñidor de glorias, suele

admirar más al héroe vencido que al vencedor. Murió de una cornada, que es como quiere la gitana leyenda que mueran los toreros valientes, y por eso la fecha del 11 de agosto suena a romance y la efemerides relumbra en el recuerdo como una antigua litografía de "La Lidia".

Acababa de expirar en el Sanatorio Crespo, de Madrid, en la mañana del 13 de agosto, cuando le vi por última vez. Allí estaba su hijo, con los hermanos Bienvenida y Alfredo Corrochano. Era una mañana cálida, en la que el sol ardía fieramente, bajo un cielo de melancolía. Fuera del Sanatorio, la tierra dejaba vagar un halo misterioso. El rostro de Sánchez Mejías tenía la expresión de una sonrisa brava y daba la sensación de estar satisfecho de haber muerto así...

EFEMERIDES DEL 11 DE AGOSTO

En el recuerdo de Ignacio Sánchez Mejías

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL

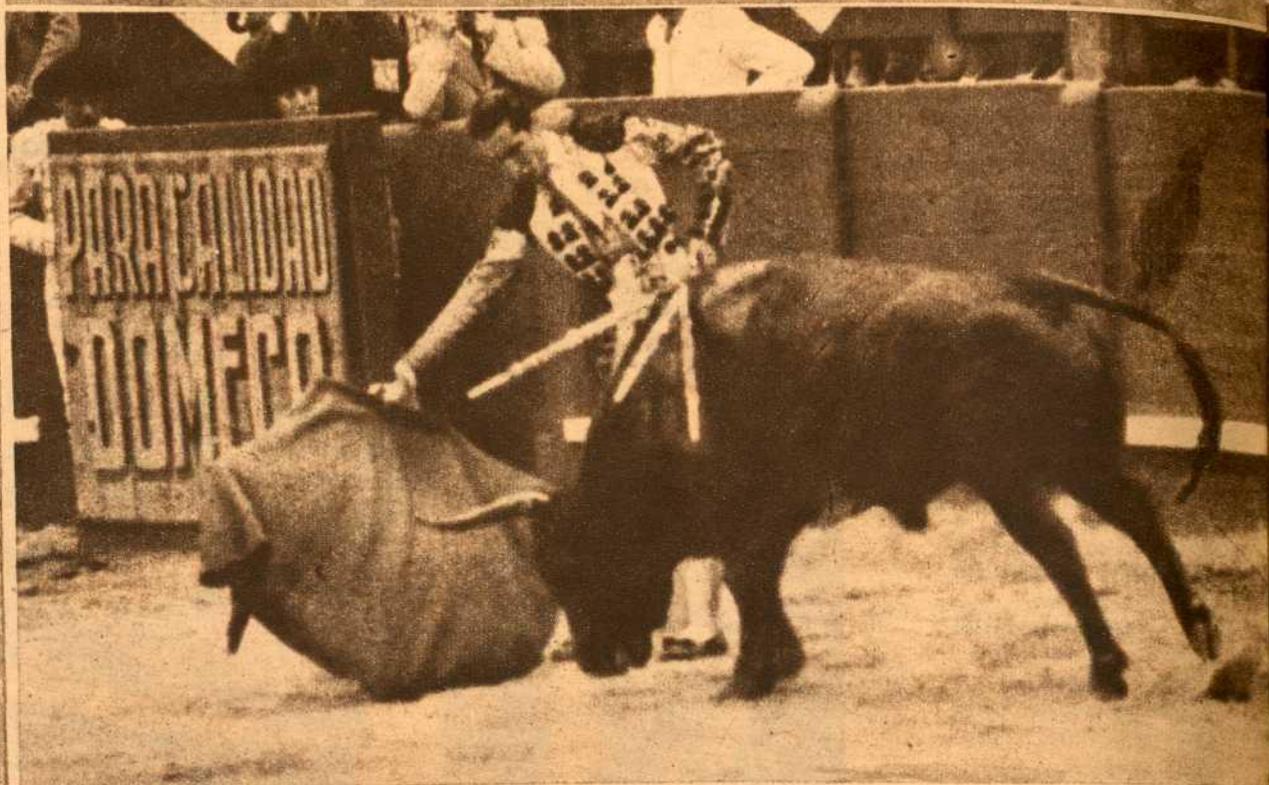
Cartel de La Coruña



Armillita en un apretado muletazo con la derecha a su primer toro



El mejicano juguetea con el toro antes de poner un par de banderillas



Luis Miguel Dominguín torea con la derecha durante la gran faena que hizo al sexto toro de la primera corrida de la feria coruñesa



Pepe Luis Vázquez instrumenta un buen pase en el segundo de la tarde, del que cortó las orejas después de una lucida faena de muleta

**CONCHITA CINTRON,
ARMILLITA, PEPE LUIS VAZQUEZ
Y LUIS MIGUEL DOMINGUIN**



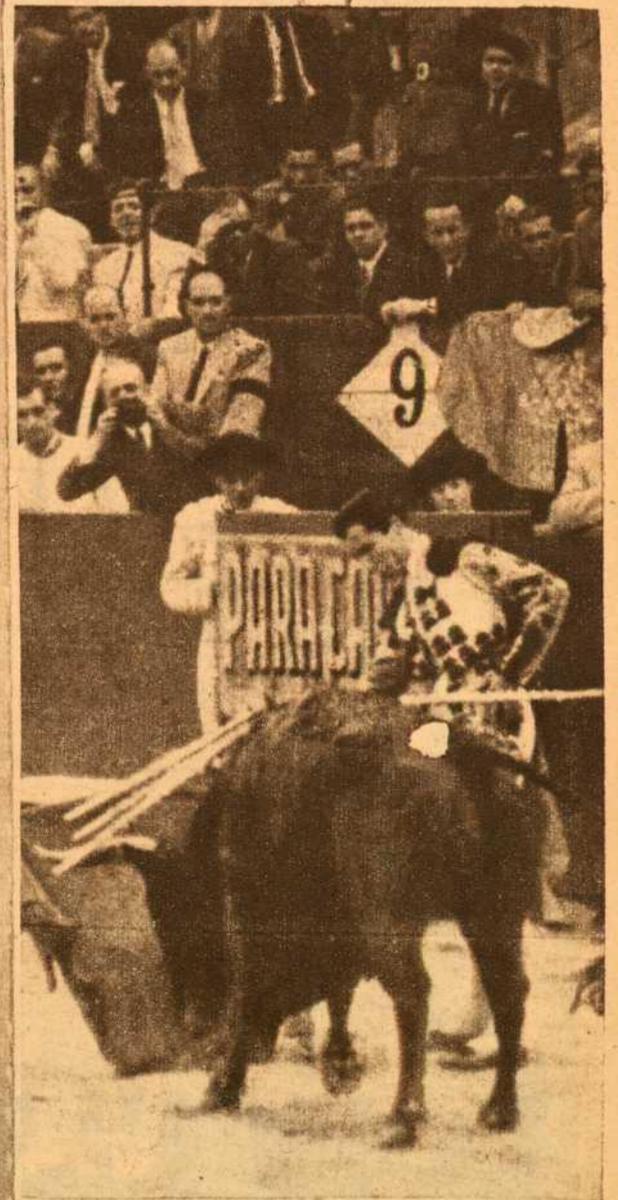
Un desplante de Luis Miguel Dominguín en su último enemigo, del que cortó las dos orejas y el rabo por su excelente actuación



Un buen pase natural de Pepe Luis Vázquez a su primer toro, en el que cuajó una gran faena, valiente, adornada y llena de dominio



Después de su triunfo en el segundo toro, Pepe Luis da la vuelta al ruedo



Luis Miguel Dominguín en un gran pase con la derecha a su último toro (Fotos Mari)

A PUNTA DE CAPOTE

En aquel coche tan a la moda...

Por FEDERICO OLIVER



Don Natalio Rivas

QUIEN no conoce a don Natalio Rivas? ¿Y quién que le conoce no le quiere? Esta figura singular de nuestro tiempo se caracteriza por una cualidad suprema: es el hombre sin enemigos. Esto quiere decir que cuando nos tiende su honrada mano de hidalgo andaluz sentimos en ella todo el calor de la fraternidad humana.

Escritor, político, erudito, aficionado a toros y académico de la Historia, su conversación es un bordado anecdótico, que instruye a la par que deleita a los que tenemos la fortuna de rodearle. Su estupenda memoria galvaniza lo pretérito con tales matices de exactitud, que nos parece vivir un discurso de Castelar, un apóstrofe de Cánovas o una larga de Lagartijo.

Don Natalio —verbo y memoria— es un pozo sin fin de sabrosas anécdotas. Entre ellas, todas curiosísimas, tuvo la bondad, no ha mucho, de referirnos cómo cierta tarde primaveral de 1902 fué lapidado por parte del público a la salida de la Plaza de Toros de Madrid. ¿Don Natalio Rivas apedreado por un público de toros y en la misma capital de España? ¿Cómo fué posible?

—Había yo adquirido por aquella fecha —nos dijo— un precioso «faetón», coche muy a la moda por aquellos años, de silueta fina y brillante. Para él adquirí un bello tronco cortado —toro y alazán— en las cuadras de Guerrero de la Feria de Sevilla. Debo confesar mi vanidad inocente por guiar aquel coche en tarde de toros, con

lacayo y cochero a la trasera. Y menos callaré que el paso de mi coche por la calle de Alcalá, tan restallante de bellos carruajes en aquellos días venturosos, era una nota magnífica de color. Tan era así, que mi fraternal amigo Mariano Benlliure me dijo un día: «Yo creo, Natalio, que este coche tuyo cumplirá un fin estético si lo adorna con un torero vestido de luces. ¿Por qué no llevas en él a Fuentes o Mazzantini las tardes que torea?»

Yo, como he dicho antes, estaba orgulloso con mi coche. Era joven y dispuesto a toda fantasía que me halagase en compañía de amigos fraternales. No es de extrañar, pues, que aceptara con entusiasmo la sugestión del glorioso picapedrero. No fué tarea fácil convencer a Antonio Fuentes para una exhibición tan plástica como ruidosa. Pero pude más que su resistencia, y lo llevé a los toros.

El cartel lo componían Fuentes y Mazzantini. Y aquí viene lo amargo de la jornada. ¿Qué tarde aquella, señores! Baste decir que mis pobres amigos llegaron a la cumbre de la torpeza y a la perfección del desacierto. El público, furioso, les aguardaba a la salida en actitud francamente hostil. Mazzantini escapó del temporal, sabe Dios cómo. Pero yo tuve la misión de salvar a Fuentes lo más indemne posible del pavoroso atranco. No hay nada tan embriagador para el torero como la ovación delirante; pero nada hay, por contra, tan terrible para él como la protesta con razón de un público chasqueado. Fuentes, que a duras penas se cubría con el capote, pudo montar en el coche a fuerza de empujones. Los denuestos y silbidos se multiplicaban a medida que nos abríamos paso por aquella trocha de miedo. Y cuando, con un suspiro de alegría, tomamos la vuelta de Madrid, no eran denuestos los que caían sobre nosotros. Eran piedras...

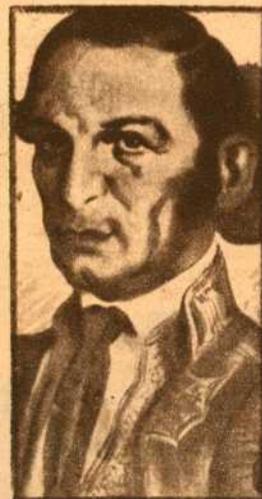
—¿Le alcanzó a usted alguna, don Natalio?

—¡Cómo si me alcanzó! Aún me duele el codo en el llamado hueso dulce, que desde entonces he sabido por mi mal que se llama el apófisis olécranon.

Don Natalio ríe como un chiquillo. Hay una pausa. Queda mirando vagamente el techo de la biblioteca... Da una postrera chupada al cigarrillo y parece soñar. Por su alma buena cruza la nostalgia de aquella tarde bravia y luminosa...

NUESTRA CONTRAPORTADA

Juan Jiménez, El Morenillo



NACIO Juan Jiménez en Sevilla, en 1783. Comenzó de muchacho el aprendizaje de zapatero y desde los doce años frecuentó el Matadero. Allí dió muestras de su serenidad y valor. Fué pronto conocido por los concurrentes al Matadero por el apodo de El Morenillo, que luego usó Jiménez toda su vida, y contó con la protección de Curro Guillén, al que impresionó la gallardía con que el aprendiz de zapatero se defendió de un peligroso toro. Guillén se convirtió en maestro y protector de

Juan Jiménez, y hasta se preocupó de hacerle ejercitar con la mano derecha, ya que El Morenillo era zurdo. En 1808 alterna por primera vez como sobresaliente con su maestro en la Plaza de Trujillo, y con él siguió hasta 1810. Se agrega luego a cuadrillas de espadas de segunda categoría, y en 1815 entra como medio espada en la cuadrilla de Jerónimo José Cándido. En 1816 se presenta en Madrid como novillero, y va con Curro Guillén a Valladolid y Zaragoza como medio espada. Sigue toreando en Madrid como novillero y como medio espada en la cuadrilla de Guillén durante el año de 1817, alternando como tal medio espada con Juan León, entonces en los comienzos de su profesión y predilecto de Curro Guillén. En 1818 va con Francisco Hernández, El Bolero; pero no acaba con él la temporada, y en 1819 aparece ya como jefe de cuadrilla. Torea en diferentes Plazas de poca importancia y se presenta en Madrid. En 1821 fija su residencia en la capital de España y torea en la Plaza de la Puerta de Alcalá.

Aparece sin interrupción en los carteles de Madrid desde el año 1823 al 1827, y luego en los años 1831, 33, 36, 39, 44 y 50. Su toreo es muy parado, y, por otro lado, El Morenillo se obstina en exagerar sus rasgos de valor y serenidad. Todo esto le lleva a sufrir numerosas perances, que son la causa de que no pueda actuar en Madrid algunas temporadas.

Muy castigado por los toros, se retiró del ejercicio de la profesión en 1850 y se dedicó al oficio de tablero; pero en 1852 decidió volver a los ruedos para remediar su precaria situación económica, y actuó alternando con los mejores matadores de la época. En 1854 se ofreció para matar un toro a la Comisión organizadora de la corrida a beneficio de los heridos en las barricadas en las sangrientas jornadas de julio. Convencido de su incapacidad para ejercer la profesión, a la que había dedicado toda su vida, se retiró definitivamente y estableció un modesto puesto de venta de pan en el portal de su casa.

Sus recursos eran modestísimos; pero su situación se vió aliviada por los toreros entonces en boga, que le hacían frecuentes visitas. Frequentaban el despacho de pan de Juan Jiménez, Cúcharos, Domínguez, Pepete, El Saramanquino, El Tato, Cayetano Sanz, Gordio y Lagartijo, y las muestras de afecto que los maestros le daban halagaban grandemente al anciano.

Falleció El Morenillo el 30 de octubre de 1866, y sus restos recibieron sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Martín. Cúcharos y El Tato costearon la lápida funeraria.

La nota más saliente de la historia toruna de Juan Jiménez fué la decisión y el valor con que al final de su vida salió a los ruedos, manteniendo penosamente el recuerdo de lo que fué.

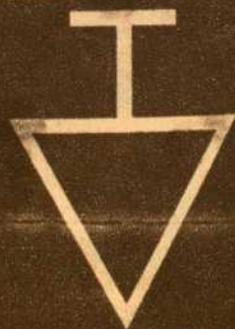
Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ

**GANADERÍAS
PRESTIGIOSAS**



EL SABADO Y EL DOMINGO, EN VALDEPEÑAS

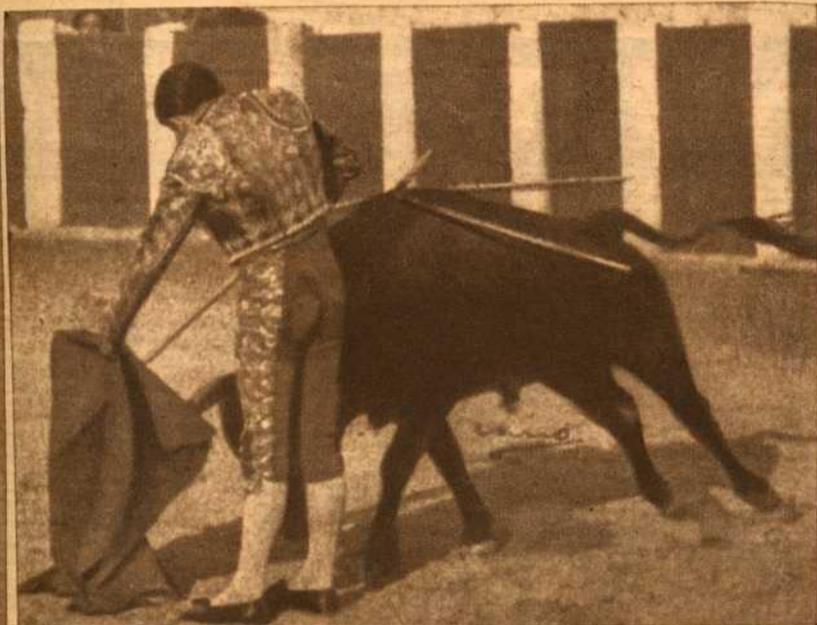
PEDRO MESA, JUAN LUIS DE LA ROSA, RAFAEL LLORENTE, CAGANCHO (hijo) y JUANITO BIENVENIDA



Juanito Bienvenida en un pase en redondo con la derecha



Pedro Mesa toreando por manoletinas



Cagancho (hijo) toreando al natural con la izquierda



J. Luis de la Rosa en un buen lance de capa



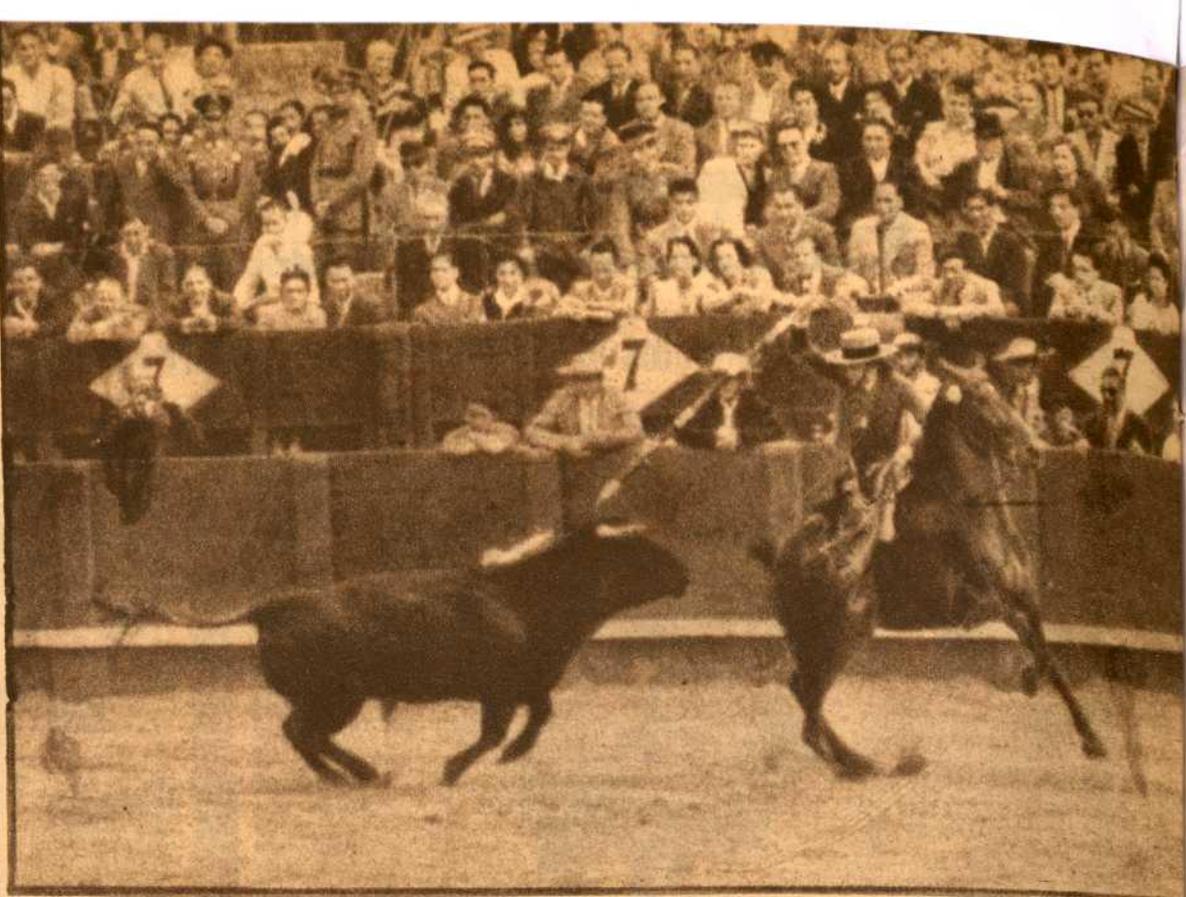
Juanito Bienvenida dando la vuelta al ruedo después de su triunfo



Un buen ayudado pase por alto de Rafael Llorente

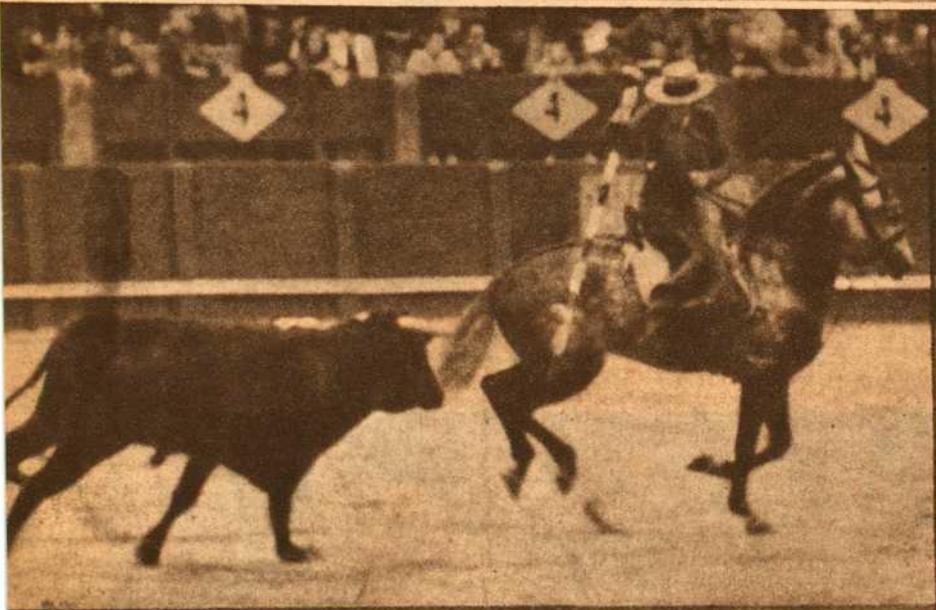


Conchita Cintrón, que el domingo tuvo una lucida actuación en la Plaza de La Coruña

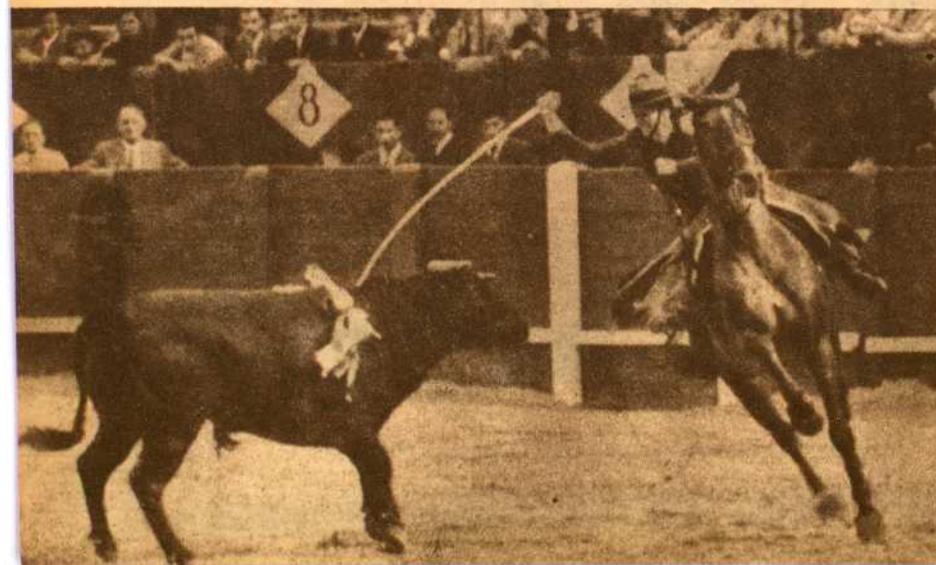


La gentil rejoneadora coloca un rejón a su toro en la corrida del domingo en la Plaza coruñesa, con su estilo elegante y su habitual maestría

CONCHITA CINTRÓN EL DOMINGO EN LA CORUÑA



Arriba: Conchita, a fuerza de consentir al bicho, quedado e incierto, le obliga a arrancarse, pero no consigue clavar.—Abajo: Después de cambiar de caballo, Conchita logra clavar uno de los buenos rejones que puso en esta corrida.—A la derecha: La Cintrón juguetea con el toro, que sigue, codicioso ya, el caracoleo de la cabalgadura





ENRIQUE
SEGURA

Un buen rejón
(Dibujo de Enrique Segura.)



ENRIQUE
SEGURA

Toreros célebres: Juan Jiménez, El Morenillo.
(Dibujo de Enrique Segura.)